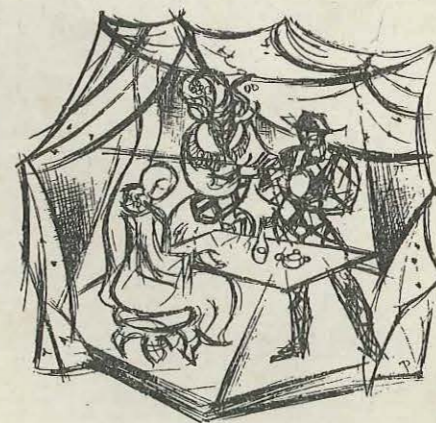


JOSÉ BERGAMÍN

MELUSINA
Y
EL ESPEJO
O

*Una mujer con tres almas y
Porqué tiene cuernos el Diablo*

*Figuración bergamasca en tres actos,
dividida en doce cuadros, en prosa y verso.*



ESCRITURA
MONTEVIDEO

ESCRITURA

Montevideo

Montevideo, diciembre de 1952.-

Señor suscriptor:

Nos complace en hacerle llegar un ejemplar de "Melusina y el Espejo", obra inédita del ilustre escritor Don José Bergamín, cumpliendo así la décima entrega de "ESCRITURA"

Saludamos a usted muy atentamente.

LA DIRECCION

JOSÉ BERGAMÍN

MELUSINA
Y
EL ESPEJO
O

*Una mujer con tres almas y
Porqué tiene cuernos el Diablo*

*Figuración bergamasca en tres actos,
dividida en doce cuadros, en prosa y verso.*

ILUSTRACIONES DE ADOLFO PASTOR

ESCRITURA
MONTEVIDEO

"Una mujer con tres almas".

Tirso de Molina.

"¿Esto es mirar o morir?"

Calderón.

"Da hielo a hielo, amor, y llama a llama".

Lope de Vega.



La acción en la ciudad de Melusa, capital de Melusia, y sus alrededores. Epoca melusiana. Empieza en la noche de un martes de Carnaval, sigue durante el día y la noche del miércoles de ceniza, para terminar al amanecer del otro día.

Decorados, trajes y música, procurarán entrelazar, con la evocación del Renacimiento español e italiano, un romanticismo de creación reciente.

ACTO I

PERSONAS que figuran en este primer acto.

MELUSINA, esposa de Meluso.
CONRADO DE MELUSO
EL ESPEJO - ARLEQUIN.

ESTRELLA.
CLAVEL.
FEDERICO.

EL DIABLO - POLICHINELA.
MARAVILLA.

ALBERTO.
GUSTAVO.

Las MASCARAS DEL TIEMPO, la LOCURA, el AMOR y la MUERTE.

MUSICOS Y COMPARSAS ENMASCARADOS.

(A telón corrido empezará la música, diciéndose la siguiente canción:)

Los ojos de Melusina
no son de ningún color;
porque en ellos el amor
su capricho determina;
¡ay de aquél que lo adivina,
si no los puede olvidar!
porque no podrá mirar
el color de su ventura
sin recordar la dulzura
de haberlos visto llorar.

ESCENA I

(Una calle. A un lado, balconada o pérgola del Palacio de Meluso. Es de noche. Música lejana envuelta en rumores de ciudad en fiesta. Pasado un rato entran, huyendo, como empujadas por una ráfaga de viento, las Máscaras convencionales del TIEMPO, el AMOR y la LOCURA. El TIEMPO, como viejo de blancas barbas torrenciales; el AMOR, como un niño llorón, con ojos vendados; la LOCURA, de bufón grotesco, con vejigas y su gorro de cascabeles.)

AMOR. ¡No corras tanto, viejo, que no puedo alcanzarte!
LOCURA. (Siguiéndoles, tropieza, cae y se levanta) ¡Déjale que corra lo que quiera! No le sigas. Quédate tú.

(Entra una mascarada de músicos, y, entre ellos, como director de la carnavalesca estudiantina (con un laúd o mandolina o guitarra), la Máscara de la MUERTE.)

MUERTE. ¿Por qué huís?
TIEMPO. Yo, por que el amor no me detenga.
AMOR. Yo, por que el tiempo no se me vaya.
LOCURA. Yo, por que tu música no me pesque en sus redes, Muerte, volviéndome a encarcelar como la razón de tu pensamiento; sigo al Amor para no perder el Tiempo del todo.

(Salen los tres. Queda la Máscara de la MUERTE con la estudiantina de músicos que empieza tocando un aire muy suave, mientras, haciendo como que se acompaña en el laúd, guitarra o mandolina, dice la MUERTE.)

MUERTE.

No te faltó, sonoro pensamiento,
para temblar, anhelo temeroso;
ni para herir, el arco tembloroso
del aire todo en su estremecimiento.

No le faltó a la estrella el movimiento
que acuerda con el ámbito armonioso
su palpitante afán, si, cadencioso,
lo prolonga el humano sentimiento.

Le faltó al cielo voz, palabra al mundo,
para pulsar el ritmo presentido
que en su sentir al pensamiento mueva.

Que para hallar un eco tan profundo
al corazón le basta su latido
y al pensamiento amor que le conmueva.

(Toman los músicos actitudes enfáticas de gesticulante serenata, haciendo cerco, bajo el balcón de MELUSINA, con la Máscara de la MUERTE en medio, y cantan las siguientes coplas.)

CANTO.

No sé si quiero o no quiero;
ni sé si quiero querer;
sí sé que quiero saber
del amor casamentero.

Amor que se prende en llama
es amor perecedero,
que el amor casamentero
no consume lo que ama.

Matrimonio de panema
sin una chispa de amor
no puede arder con fervor
porque huye de la quema.

Quemarse por no casarse
—dijo el santo— malo es;
yo te lo digo al revés:
porque casarse es quemarse.

*¡Quémate y verás!
¡Cásate y te quemarás!*

Casarse es cosa de casa
y casa es cosa de hogar;
hogar es cosa de brasa,
y brasa lo es de abrasar.

Hacer el amor costumbre
es hacer del fuego brasa:
se guarda dentro de casa
para mantener su lumbre.

Melusina te casaste
sin saber qué cosa era:
pero, fuera lo que fuera,
¡Melusina te quemaste!

*¡Quémate y verás!
¡Cásate y te quemarás!*

Quémate y verás mejor
mientras ardas en tal llama
que te llama quien te ama
para encenderte de amor.

Por llamarte con tus llamas
te llamas de llamear,
que quien se quiere quemar
no se anda por las ramas.

*¡Quémate y verás!
¡Cásate y te quemarás!*

Melusina, ¿dónde estás
cuando no estás en tu casa?
Si sabes que todo pasa
¿en dónde te quedarás?

Melusina, ¿dónde irás
sabiendo que vas y vienes?
—¡Ay amor qué cosas tienes
irá a dónde quiera más!

—Melusina, ¿qué más quieres?
Por mucho que quieras más,

¿no sabes que no serás
mucho más de lo que eres?

*Yo no me quiero casar.
Que estoy cansada de amar.*

Si quieres casa, casada,
por no cansarte de amar,
cánsate de enamorar
pero no de enamorada.

No se cansa el que se casa
por cansarse de querer
sino por querer saber
qué queda de lo que pasa.

Suceda lo que suceda,
por pasar o no pasar,
más te importa averiguar
qué pasa de lo que queda.

*No te cases de cansada:
cásate de enamorada.*

Si nos queremos los dos
yo te diré, Melusina,
que al mirarte tan divina
estoy celoso de Dios.

Melusina de Melusa,
pegadiza del mirar,
si te quieres escapar
el espejo te engatusa.

Por la imagen quebradiza
que el cristal te representa,
no te avisa, te escarmienta
la verdad escurridiza.

Melusina, tu figura
no se sale del espejo,
la encarcela en un reflejo
el eco de tu hermosura.

(Mientras se cantan estas últimas coplas se hace la mutación a la escena II.)

MUTACION



ESCENA II

MELUSINA, el ESPEJO y el DIABLO

(Tocador de MELUSINA, que se mira y compone ante el espejo, vistiéndose para el baile. El ESPEJO, de Arlequín, con los ojos vendados, y con un espejito en la mano, colocado ante MELUSINA. El DIABLO, de Polichinela, con antifaz. Música dentro durante toda la escena. Es de noche.)

MELUSINA. ¿Quién le preguntó al espejo
cuál era su parecer?
Y si sabe por saber
más que sabe por despejo.
Si pareciendo un reflejo
es lo que parece ser,
cuando, por no poder ver
el rostro que en él se mira,
hace una verdad, mentira,
y una mentira, mujer.

(Al espejo)

Si el genio, si la figura,
buscan consejo de tí,
tú les respondes que sí
con su propia sepultura.

No hay humana criatura
que no pida tu consejo;
y tú se lo das, espejo,
con imagen tan mentida
que quitándole la vida
le devuelves el pellejo.
Siendo sombra, eres fulgor,
dando una luz que no es tuya.
Impides que el llanto fluya
congelando su temblor.
Haces hielo del temor,
y del amor haces vuelo.
No nos dejas ni el consuelo
de herir tu dureza fría,
porque romperte sería
romper nuestro propio cielo.

DIABLO.

Melusina, si por verte
en el espejo, te ves
reflejada del revés,
por esa imagen advierte
que eso que miras no es
tu vida sino tu muerte.

MELUSINA.

Pues si mi muerte es tan bella,
déjame mirarme en ella.

ARLEQUIN.

Mírate en mí, Melusina,
sin temor de herirte en mí;
yo no hago sombra de tí,
ni sueño que te alucina.
No soy yo quien determina
que recele tu cuidado:
detengo el tiempo a tu lado
sin trampa ni trampantojo;
mi luna es como un anteojo
que a contemplarte se inclina.

(ARLEQUIN se tapa poniendo su espejo ante ella.)

MELUSINA.

Entonces, déjame verte.

ARLEQUIN.

No, porque verme es perderte.

MELUSINA.

¿Me pierdo yo por mirarte?

ARLEQUIN.

En parte.

MELUSINA.

¿Pues qué miro en lo que veo?

ARLEQUIN.

Tu deseo.

MELUSINA.

¿Mi deseo es encontrarte?

ARLEQUIN. Por mi arte.
 MELUSINA. ¿Arte es lo que en ti se mira?
 ARLEQUIN. De mentira.
 MELUSINA. ¿Mentira es verte sin verte?
 ARLEQUIN. Y muerte.
 MELUSINA. Dí, ¿por qué me encuentro en ti?
 ARLEQUIN. Porque sí.
 MELUSINA. Luego, si puedo mirarte,
 pudiendo verte y no verte,
 por no poder encontrarte,
 deseo, mentira y muerte,
 no tendrán arte ni parte
 en que mire por perderte.

(Canto dentro)

*"Por más que quieras,
 no serás ni la sombra
 de lo que eras."*

MELUSINA. ¿Quién canta de ese modo mi desventura?
 ARLEQUIN. Las que cantan son voces de tu hermosura.
 DIABLO. Narciso eres,
 ahogándote en la sombra de lo que quieres.
 ARLEQUIN. Eres voz muerta,
 que enmudeces al eco que te despierta.

(Canto dentro)

*"Por más que quieras,
 no serás ni la sombra
 de lo que eras."*

MELUSINA. (Arrojando el espejito, que se quiebra, cayendo al suelo,
 como desmayado, Arlequín.)

¡No más engaños!
 Cesen las ilusiones
 para mis daños.

(Queda absorta ante el espejito roto y, luego, va recogiendo sus pedazos,
 tratando de unirlos, mientras ARLEQUIN, que se ha quitado la venda de los
 ojos, la mira con ansiedad, despertando de su desmayo. Todo muy lento al
 compás de la música.)

MELUSINA. Estas prendas perdidas, yo quisiera
 que hiciesen con su daño el de mi suerte,
 volviéndose el espejo de la muerte
 que, por su mal, para mi bien viniera.
 Si hallarlas o perderlas sólo fuera,
 cuando su bien en mal se me convierte,
 yo prefiero este mal, porque me advierte
 del daño de la vida pasajera.
 Muerte y vida que encierras y atesoras
 en tus recuerdos, son tus esperanzas,
 pues siempre esperas lo que siempre olvidas.
 ¡Como si no supieses, pues los lloras,
 que son el mal y el bien que nunca alcanzas
 prendas de amor y de dolor perdidas! (Sale).

ARLEQUIN Y EL DIABLO

ARLEQUIN. Estás demasiado filosófico esta noche para ser Diablo,
 Polichinela.
 DIABLO. Y tú demasiado enamorado para ser espejo, Arlequín.
 ARLEQUIN. ¡Cómo no voy a estarlo, si Melusina me ha roto el alma
 en tres pedazos, dejándome una imagen suya en cada
 uno!
 DIABLO. ¡A ver!

(Recoge los tres pedazos del espejo roto, los examina y trata de juntarlos.)

Un alma orgullosa... Otra alma humilde... Y otra,
 enamorada...
 ARLEQUIN. ¿Tres almas tiene Melusina?
 DIABLO. ¡Y no la puedo atrapar por ninguna!
 ARLEQUIN. Júntalas en mí, y me darás la vida.
 DIABLO. ¡Dándole a ella la muerte?
 ARLEQUIN. Si ella volviera a mirarse en mí de una vez, yo reviviría.
 y te daría su alma.

DIABLO.

(Meditando ante los tres pedazos del espejo roto.)

Una mujer con sólo un alma, ¿sería más fácil o más difícil de vencer?

ARLEQUIN.

Sería más fácil. Yo te la guardaría enterita.

DIABLO.

¿Aunque no la vieses?

ARLEQUIN.

La escucharía. Su voz me basta cuando sé que tengo su alma en mí, enteramente, aunque yo no la vea.

DIABLO.

Hagamos un trato. Si yo junto estos trozos del espejo roto, juntando las tres almas en una, ¿tú me guardarías a Melusina, presa en tu cristal hasta la muerte?

ARLEQUIN.

Te la guardaría.

DIABLO.

¿Y cómo te apoderarías de su voz?

ARLEQUIN.

Apresándola con mi sombra cuando su cuerpo esté preso en mi luz.

DIABLO.

¡Eres un iluso! Pero vamos a hacer la prueba. Después de todo, mi obligación es matar almas, y lo mismo me da pescar tres almas vivas en un cuerpo muerto, que una sola alma, muerta en la imagen de un espejo vivo.

(Le da los tres pedazos del espejo roto.)

ARLEQUIN.

¡Me das la vida!

DIABLO.

Hasta la muerte de su alma, no lo olvides.

ARLEQUIN.

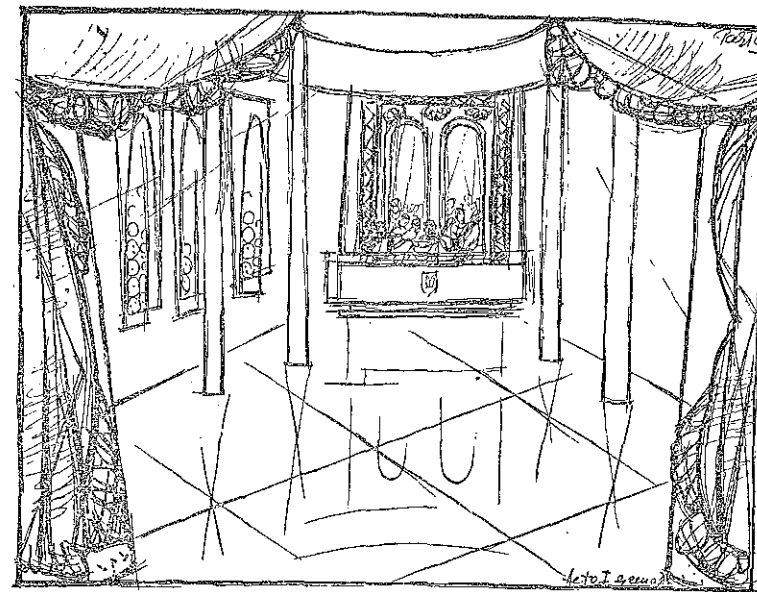
¡Hoy se hace Melusina inmortal!

DIABLO.

¡Eso lo veremos con el tiempo!

(Salen).

MUTACION



ESCENA III

(Salón de baile de máscaras en el Palacio de Meluso. Música. Es de noche.)

FEDERICO, ALBERTO, GUSTAVO; luego CLAVEL, ESTRELLA y MARAVILLA; por último MELUSINA y CONRADO con ARLEQUIN y el DIABLO.

FEDERICO.

¡Esa mujer es un enigma!

ALBERTO.

A mí no me parece enigmática. No es más que joven y bonita. Tiene la belleza del Diablo.

FEDERICO.

¿Y te parece poco? Me asusta, porque me parece una mujer sin alma.

GUSTAVO.

A mí me parece lo contrario, que tiene muchas almas, una para cada uno de los que la ven.

ALBERTO.

Tiene un alma distinta, no sólo para cada uno, sino para cada momento en que la miras. Yo esta noche la he visto orgullosa conmigo y humilde con Gustavo.

FEDERICO. A mí me ha clavado su risa como una hoja de puñal, sin hablarme.

GUSTAVO. Yo he creído ver lágrimas en sus ojos; y me ha hablado con una voz tan tierna que sentí que me deshacía.

FEDERICO. Es una mujer que se crece cada vez que se mira a un espejo. Cuando estoy con ella, y hay algún espejo cerca, procuro tapárselo para que no se vea en él.

ALBERTO. Es curioso. A mí me sucede lo contrario que a ti; que me gusta más cada vez que vuelve hacia mí su mirada después de haberla detenido en el espejo. Me parece, entonces, más verdadera, como con una voz más clara y que transparentase mejor su ser.

GUSTAVO. ¿Y si yo os dijera que a mí como me gusta más, es cuando la puedo mirar, sin que ella me vea, enmudecida, en la imagen que la refleja? Me parece mucho más real, mucho más ella dentro del espejo que fuera.

FEDERICO. Yo compadezco a Conrado. No se ha casado con una mujer sino con todo el género femenino.

ALBERTO. ¡Su nombre es legión como el Demonio! ¡Debe ser terrible ser marido de tantas mujeres al mismo tiempo que de ninguna!

FEDERICO. ¡Así está el pobre marido de preocupado! Se le ve envejecer por días.

GUSTAVO. ¡No digáis sandeces! Melusina es una mujer de cuya fidelidad a Conrado no puede dudarse.

ALBERTO. Pues eso es lo terrible para él: que le es infiel con él mismo. Si le fuera infiel con otro, descansaría.

FEDERICO. Aunque fuese en la muerte. ¿Pero quién se muere con ese bellísimo Proteo a su lado? Y sin poder serle nunca fiel a su esposa, porque, aunque no quiera, la está engañando siempre con otra que es ella misma.

GUSTAVO. ¡Qué disparate! ¿Vosotros creéis que Conrado no está enamorado de su mujer?

ALBERTO. Creemos que no ha encontrado todavía a su mujer para poder enamorarse de ella. Por eso parece enamorado y hasta celoso; porque no hace más que buscarla, y no la encuentra nunca, teniéndola siempre consigo.

FEDERICO. Eso es lo que le pasa a uno siempre que se enamora.

GUSTAVO. ¡Estáis bebidos esta noche! ¿De veras no podéis comprender que Conrado y Melusina se quieran los dos sencillamente?

(*Entran CLAVEL, ESTRELLA y MARAVILLA.*)

CLAVEL. Seguramente que estáis hablando de Melusina.

ESTRELLA. No sabéis hablar de otra cosa.

MARAVILLA. ¡Como si no hubiese en el mundo más mujer que ella!

ALBERTO. Ella y vosotras tres, que estáis esta noche *melusinas*...

CLAVEL. ¡Gracias por el piropo!

MARAVILLA. ¡Ya podemos dárselas, que Melusina es para ellos el colmo de la comparación!

ESTRELLA. Pues yo preferiría ser una Melusina incomparable.

CLAVEL. (*Coqueta*) Vamos a ver. Miradme. ¿En qué me parezco yo a Melusina?

FEDERICO. Tú te pareces a Melusina en la boca, en la risa.

ESTRELLA. ¡A ver, ríete!...

ALBERTO. Pues, ¿y yo?

MARAVILLA. Tú en los ojos...

GUSTAVO. (*A Gustavo que estaba distraído*) ¿Y yo?

MARAVILLA. Tú no te pareces en nada...

GUSTAVO. ¡Gracias! ¡Eres muy amable!...

MARAVILLA. (*Rectificando*). Te diré... Te pareces en el andar, en el talle, en cierto aire...

MARAVILLA. No trates de enmendarlo, Gustavo: todas las mujeres tenemos el mismo aire cuando es un mismo viento el que nos sopla...

GUSTAVO. (*Galante*) ¿Y qué dice ese viento?

MARAVILLA. (*Con ironía*). Dice: "yo te amo, Melusina"...

GUSTAVO. (*Igual*). ¿Y qué responde Melusina?

MARAVILLA. (*Lo mismo*). Nada. Melusina nunca responde al viento; Melusina calla...

CLAVEL. No le digas nada a Gustavo esta noche, que la tiene llorona...

GUSTAVO. ¿Has visto mis lágrimas correr, mi llanto en catarata?...

CLAVEL. No. Pero basta mirarte a los ojos...

GUSTAVO. En los tuyos hay risa...

MARAVILLA. No sigáis diciendo cursilerías y mirad, que por aquí viene el misterio...

ESTRELLA. Con figura humana...

ALBERTO. Y divina...

FEDERICO. La pareja del Paraíso...

CLAVEL. Contigo, la serpiente...

MARAVILLA. Les falta el árbol en que ahorcarse.

(*Entran MELUSINA, seguida de ARLEQUIN, y CONRADO, seguido de POLICHINELA. El grupo se divide rodeando los hombres a MELUSINA y las mujeres a CONRADO. ARLEQUIN y POLICHINELA quedan fuera, y uno a cada lado.*)

CLAVEL. ¡Mírame Conrado! ¿A que no ves en qué me parezco yo a Melusina?

ESTRELLA. ¡Mírame a mí! ¿En qué me parezco yo?

MARAVILLA. ¡A mí, a mí! ¡Fíjate cómo me parezco!

CONRADO. Pero, ¿qué decís? ¿Estáis locas? No os parecéis en nada. No tenéis que pareceros a nadie para ser bonitas.

CLAVEL. ¿De veras te parecemos bonitas?

MARAVILLA. Díselo a esos que ni nos ven siquiera. No tienen ojos más que para ella.

CONRADO. No me daréis celos, y, en cambio, se los daréis a mi mujer vosotras.

ESTRELLA. ¿Pero es celosa Melusina?

MARAVILLA. ¡Imposible!

CLAVEL. ¡Será porque no se mira al espejo!

GUSTAVO. (*A Melusina*). Has llorado esta noche: te lo veo en la cara; lo oigo en tu voz que todavía tiene dejo de llanto...

MELUSINA. Te equivocas, Gustavo, no he llorado aún; pero acabaré por llorar para romper este hielo que me aprisiona.

ALBERTO. ¿De qué hielo hablas, Melusina?

MELUSINA. (*Riendo*). Antes de salir esta noche de mi tocador, cuando me arreglaba para el baile, rompí un espejo...

FEDERICO. ¿Eres supersticiosa?

MELUSINA. No lo soy, puesto que lo rompí expresamente yo misma...

ARLEQUIN. Es verdad: yo tengo aquí sus tres pedazos.

GUSTAVO. (*A Melusina*). ¿Quién es esta máscara?

MELUSINA. No sé. Pero éste es el espejo que yo he roto...

GUSTAVO. (*A Arlequín*). ¿Cómo tienes este espejo roto?

ARLEQUIN. Me lo dió el Diablo.

FEDERICO. ¿Te burlas?

DIABLO. No. Es verdad que se lo di yo.

(*Se han juntado los grupos con curiosidad.*)

CLAVEL. ¡Qué raro, Melusina, que tú tengas tratos con el Diablo!

CONRADO. ¿Qué broma es ésta? ¡Quítense el antifaz para que los reconozcamos, o váyanse!...

DIABLO. Todavía no es tiempo de quitarnos el antifaz...

¿Quieres bailar conmigo, Melusina?...

ARLEQUIN. ¡Quítate tú! Melusina bailará conmigo... (*Le ofrece el brazo que Melusina acepta*).

CONRADO. ¡Melusina!

MELUSINA. (*Sin escucharle*). Me interesa saber cómo vino a parar a tus manos ese espejo roto... (*Sale, bailando con Arlequín*).

CLAVEL. ¿Por qué os quedáis así todos como unos tontos? Conrado, ¿bailamos?

(*CONRADO se deja llevar por CLAVEL y sale bailando con ella. FEDERICO y ALBERTO, con ESTRELLA y MARAVILLA, bailan también.*)

DIABLO. (*A Gustavo*). Nos hemos quedado sin pareja...

GUSTAVO. No me gusta bailar.

DIABLO. A mí tampoco.

GUSTAVO. Ni le sería cómodo con ese disfraz...

DIABLO. ¿Por qué no? (*Hace una cabriola que deja a Gustavo estupefacto.*)

GUSTAVO. Pero, ¿quién eres?

DIABLO. ¿No acabo de decirlo? El Diablo en persona...

GUSTAVO. En persona poco discreta...

DIABLO. Todavía puedo serlo menos...

GUSTAVO. ¿Cómo dices?

DIABLO. Que puedo ser más indiscreto y contarte algo que no sabes a propósito de Melusina...

GUSTAVO. ¿De Melusina? ¡Ten cuidado con lo que dices!

DIABLO. Con muchísimo cuidado te contaré un cuento. (*Bajando la voz*). "Había una vez un Hada que se llamaba Melusina; era una vieja Hada que tenía cuerpo de serpiente y cola de pez; pero que nadie lo veía; porque parecía una mujer, una mujer joven y bellísima..."

GUSTAVO. Ese cuento es tan viejo como tú, amigo mío; no lo sigas, me lo sé de memoria...

DIABLO. —"Y un día se casó con un lindo Príncipe, pero a condición de que todas las semanas, durante una noche entera, no intentase verla, pues si lo hacía, perdería su amor..."

GUSTAVO. ¡Y le descubriría la cola! Vaya, vaya, veo que no sabe tanto el Diablo por viejo como por Diablo...

DIABLO. ¡Lo mismo me da! Porque cuando empecé a ser Diablo empecé a saber, y empecé a envejecer...

GUSTAVO. Pues sabes bien poco...

DIABLO. ¿Sabes tú más de Melusina?

GUSTAVO. Yo sé que Melusina no quiere más que a un hombre.
 DIABLO. ¿Y ese hombre no eres tú?
 GUSTAVO. No soy yo.
 DIABLO. Pero podrías serlo...
 GUSTAVO. No lo creo.
 DIABLO. Porque no crees en mí. Un Diablo puede mucho...
 GUSTAVO. ¿Un pobre diablo como tú?
 DIABLO. Por las trazas me conoceréis, dijo el Demonio.
 GUSTAVO. Muéstrame las tuyas.
 DIABLO. ¿No las ves? (*Le señala a MELUSINA bailando con ARLEQUIN.*)
 GUSTAVO. ¿Quién es esa máscara?
 DIABLO. ¿Tienes celos?
 GUSTAVO. No tengo derecho a tenerlos de Melusina.
 DIABLO. ¡Admirable cautela! Te enamoras tú de Melusina y le dejas a su marido los celos; ¿no los tienes de él?
 GUSTAVO. Son su derecho.
 DIABLO. ¡Leguleyo estás! Pues mírale arrobado en Clavel, como si le absorbiera su aroma. La que va a tener celos será Melusina cuando le vea.
 GUSTAVO. No lo verá. Está demasiado absorta ella misma con la máscara que tú le has dado.
 DIABLO. ¿Empiezas a creermelo?
 GUSTAVO. Tal vez. Te creería del todo si me explicases un enigma.
 DIABLO. ¿Cuál? ¿El de Melusina? Si no estuvieras enamorado no sería enigma para ti. Cuando no lo estés, dejarás de creerla enigma.
 GUSTAVO. No es eso solo. Melusina me dijo esta noche, al decirle yo que había llorado, que no, pero que tenía ganas de llorar, porque se sentía presa, encerrada como en una pared de hielo...
 DIABLO. ¿Te dijo eso? Pues mira ahora cómo se ríe...
 (*ARLEQUIN y MELUSINA se acercan*)
 MELUSINA. (*Riendo todavía.*) ¡No sabes, Gustavo, qué cuento tan precioso me ha contado esta mascarita!
 GUSTAVO. ¿También a ti te han contado un cuento?
 MELUSINA. ¿Por qué dices también? Un cuento precioso...
 GUSTAVO. ¿Que tú no conocías?...
 MELUSINA. No. Nunca lo había oído.
 GUSTAVO. "Había una vez un hada que se llamaba Melusina..."
 MELUSINA. Lo sabes muy mal. No era un hada... Aunque fuese

GUSTAVO. cosa de encantamiento. Era una mujer; una mujer tan
 MELUSINA. pequeña, tan pequeña que cabía en una cajita de
 GUSTAVO. joyas...
 MELUSINA. Ese es otro cuento.
 GUSTAVO. Precioso.
 MELUSINA. ¿Y esa mujer sería un estuche?
 GUSTAVO. No. La joya. Su novio la llevaba, sin saberlo, enca-
 MELUSINA. rrada en una cajita; hasta que un día lo averiguó mi-
 GUSTAVO. rando por una rendijilla iluminada... Melusina le dijo:
 MELUSINA. si te quieres casar conmigo, ponte en el dedo corazón
 esta sortija encantada, y te harás tan pequeñito como
 yo. Y él lo hizo; y vivieron mucho tiempo juntos y feli-
 ces en el país de los enanos; pero un día...
 GUSTAVO. ...él empezó a mirarse con tristeza la mano en que tenía
 la sortija; y sintió unas ganas atroces de quitársela, de
 romperla; para volver a su tamaño humano de nuevo,
 para volver a ser hombre...
 (*POLICHINELA y ARLEQUIN se alejan apartándose de MELUSINA, que saca un pañuelo y trata de disimular su llanto.*)
 ...y lo hizo. La sortija se negaba a salir de su dedo.
 Tuvo que limarla, romperla... Y cuando la partió en
 dos, empezó a sentirse crecer de nuevo; crecer y hacerse
 hombre como antes era... Pero su corazón latía con tal
 violencia que tuvo miedo de su propia sangre... sintió
 frío como si envolviera su cuerpo la cola de un reptil
 helado... (*mirando a MELUSINA*) ¿Lloras Melusina?
 MELUSINA. ¿No te dije antes que esta noche tenía ganas de llorar;
 que quería romper una pared de hielo que me aprisiona,
 que me asfixia?... Ven, vamos a buscar a Conrado...
 todavía estará bailando con esas locas...
 (*POLICHINELA y ARLEQUIN se han esfumado entre las máscaras.*
CONRADO vuelve ahora bailando con ESTRELLA, fijos sus ojos en sus
ojos. Pasa perdido en el bullicio. Le siguen las otras parejas de FEDERICO
y CLAVEL, ALBERTO y MARAVILLA.)
 GUSTAVO. Todavía no... Déjales ahora. Te verían llorar...
 MELUSINA. ¿Y qué importa? Pero, ¿ves? Ya pasó, ya no lloro...
 GUSTAVO. Vamos.
 Antes dime una cosa, Melusina, ¿de verdad quieres a
 Conrado?

MELUSINA.
GUSTAVO.
MELUSINA.

(*Extrañada.*) ¿No lo sabes? ¡Con toda mi alma!...
¿Con qué alma?
¿Qué dices Gustavo? ¿Pues no tengo yo un alma? (*Sonriendo entre lágrimas*) ¿O es que crees que tengo más de una?... Que tengo muchas, muchas almas... Oye Gustavo ¡qué divertido sería tener muchas almas!... Tendría un alma para cada uno de vosotros: las repartiría. ¿Cuántas almas tengo yo, Gustavo? ¿Siete, como vidas los gatos? (*Riendo francamente*). Ves, ya no lloro. Gracias, Gustavo, me has hecho reír con tu pregunta... Ya podemos buscar a Conrado...

GUSTAVO.

¿No sería mejor que él te buscara a ti? Aunque si tú tienes tantas almas, a lo mejor, te estará buscando de una en otra...

MELUSINA.

(*Riendo primero, luego pensativa*) Buscando de una en otra... ¿Por qué dices eso? ¿De una en otra?

GUSTAVO.

Las almas siempre buscan su cuerpo, Melusina. Un alma sólo quiere tener un cuerpo. Y generalmente otro cuerpo que no sea el suyo. Los cuerpos son los que no siempre quieren buscar ni tener un alma, ni propia, ni ajena. Los cuerpos más divinos...

MELUSINA.

O más humanos. Si lo dices por mí, no te agradezco nada la galantería. Me ofende... Pero ven, vamos a buscar a Conrado...

GUSTAVO.

Mírale.

(*Pasa CONRADO bailando con MARAVILLA, tan unidos y arrebatados por la música como si los llevase una ráfaga de viento.*)

Parece que Conrado anda buscando tu alma esta noche en cualquier cuerpo...

MELUSINA.
GUSTAVO.
MELUSINA.
GUSTAVO.
MELUSINA.

¿Por qué lo dices? ¿Quieres darme celos? Te equivocas... Puede que me equivoque, pero no para darte celos.

Me has hecho daño, aunque haya sido sin querer.

Perdóname.

Ahora ya no tengo ganas solamente de llorar sino de algo distinto, de correr, de gritar, de...

GUSTAVO.

No sigas... Vamos a buscar a Conrado.

(*Llegan FEDERICO, CLAVEL, ALBERTO, ESTRELLA, CONRADO y MARAVILLA.*)

CLAVEL.

¿Cómo aquí vosotros solos, tan aburridos, sin bailar? Y las mascaritas misteriosas, ¿se fueron?

(*MELUSINA y GUSTAVO miran a su alrededor sorprendidos.*)

MELUSINA.

Sí. Por lo visto se fueron tan misteriosamente como habían venido.

ESTRELLA.

(*Irónica*) ¡Cuánto misterio en una noche!

MARAVILLA.

(*Lo mismo*) Todo es misterioso.

CONRADO.

¿No te sientes bien, Melusina? ¿Quieres que ya nos retiremos?

CLAVEL.

¿Te has puesto mala?

MELUSINA.

No. Pero estoy cansada. Vámonos.

GUSTAVO.

Iremos con vosotros para acompañaros hasta la puerta de vuestra alcoba.

MELUSINA.

No. ¿Para qué? Ya aquí nos despedimos...

TODOS.

Sí, sí...

(*Rodean a la pareja acompañándola con bullicio y algazara.*)

MUTACION.

ESCENA IV

(*Tocador de MELUSINA, igual que en la escena segunda. ARLEQUIN con los ojos vendados, sosteniendo, juntos, los tres pedazos del espejo roto. POLICHINELA al lado. Es de noche.*)

(*Entra MELUSINA, como cansada, disponiéndose a desnudarse ante el espejo. Música como en la escena segunda.*)

ARLEQUIN.

(*Dice, mientras Melusina se va desnudando, quedándose, al final, dormida.*)

Pusiste en mí tu amor cuando pusiste tu vida en la mudanza de los vientos; y tu alma en los mudables pensamientos de alegres ilusiones que perdiste.

Vuelves de nuevo a mí los ojos, triste de habérmelos quitado tan violentos, mirando tus pasados sentimientos que, deshechos, en lágrimas volviste.

No sabes si son tuyos o son míos estos breves reflejos en pedazos, estas prendas de amor, estos despojos;

pues para tan perdidos desvaríos
tiendes en vano con afán tus brazos,
vierten en vano lágrimas tus ojos.

(Vuelve el canto, con la música, dentro.)

CANTO.

*Aunque a la desdicha tuya
ser dicha no le convenga,
no hay mal que por bien no venga
ni bien que por mal no huya.*

Mira, Melusina bella
que una sola sombra son,
con tres nombres de ilusión,
Clavel, Maravilla, Estrella.
No persigas en su huella
la razón que las detenga:
que no hay amor que no tenga
sombra que ahuyente la suya,
*aunque a la desdicha tuya
decirlo no le convenga.*
Fantasma que nace y muere
en el cristal de un espejo,
no es amor, es un reflejo
con el que el amor te hiere.
Si tu desdicha prefiere
ser dicha para ser tuya,
desdiciéndose de suya
porque tu amor la mantenga:
*no hay mal que por bien no venga,
ni bien que por mal no huya.*

*(MELUSINA queda como desmayada, a medio desnudar, dormida; si-
gue la música mientras hablan ARLEQUIN y POLICHINELA.)*

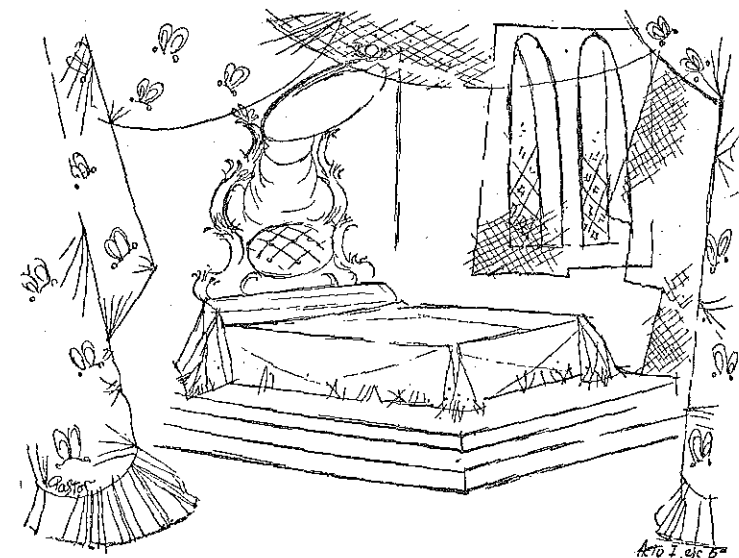
ARLEQUIN. *(Quitándose la venda de los ojos)* Es la primera vez que
una mujer engaña a un espejo.

DIABLO. Y la primera vez que un espejo engaña al Diablo.

ARLEQUIN. ¿Y podrás saber tú, que eres un pobre diablo, en qué sue-
ña, en qué piensa, qué quiere Melusina?

DIABLO. Lo que una mujer sueña o no sueña, piensa o no piensa,
quiere o no quiere, ¡eso no hay Diablo que lo sepa!

MUTACION



ESCENA V

*(Alcoba matrimonial de Conrado y Melusina. CONRADO, sentado ante
una mesa, como si se hubiese quedado dormido, con la cabeza apoyada en
los brazos. Amanece. Se oye lejos la música de la estudiantina carnavalesca.
Poco a poco se irá aclarando la escena.)*

CONRADO. *(Levanta la cabeza de repente, despertando, y dice, como
asustado) ¿Quién?*

*(Han entrado en escena, CLAVEL, ESTRELLA y MA-
RAVILLA, enmascaradas, y le hacen señas de silencio.)*

ESTRELLA. ¿Vosotras?
¡Nos conociste!...

(Se quitan las tres las caretas)

CLAVEL. Visita intempestiva...
MARAVILLA. Por algo será...

CONRADO. *(Entre sorprendido e inquieto)* Vosotras diréis...

ESTRELLA. ¿Y Melusina?

CONRADO. Ha debido quedarse dormida en el tocador.

CLAVEL. Conrado, tu mujer te engaña. *(Al decirlo se ponen y*

ESTRELLA. Te engaña tu mujer, Conrado. *quitan*

MARAVILLA. Conrado, te engaña Melusina. *la careta.)*

CONRADO. Gracias por vuestra importante comunicación; y vosotras, ¿no me engaños?

LAS TRES. *(Mismo juego)* Nosotras no.

CONRADO. Os agradezco la visita; que vengáis a murmurarme al oído, como las brujas agoreras de Macbeth: ¡salve Meluso, te engaña Melusina!... ¿Y qué más?

CLAVEL. Yo te traigo el puñal. *(Se pone y quita la careta)*

ESTRELLA. Yo el veneno. *(Mismo juego)*

MARAVILLA. Yo la pistola. *(Mismo juego)*

CONRADO. ¿Para que elija? *(Coge las tres cosas)*

LAS TRES. ¡Sí!

CONRADO. Pues para ti el veneno, Maravilla. Para ti la pistola, Clavel. Estrella, para ti el puñal. *(Le da a cada una lo que dice)*

CLAVEL. ¿Qué quiere decir esto?

ESTRELLA. ¿Serás tan cobarde?

MARAVILLA. ¿No las necesitas?

CONRADO. *(Tranquilamente se sienta, cruza las piernas, ofrece pitillos, los enciende, y dice:)* Tú con esa pistola, Clavel, matarás a Federico. Tú, Estrella, con ese puñal matarás a Alberto. Y tú con el veneno, Maravilla, matarás a Gustavo.

LAS TRES. ¿Y quién matará a Melusina?

CONRADO. Quien me mate a mí.

ESTRELLA. ¿Una de nosotras o las tres?

CONRADO. Las tres.

MARAVILLA. *(Echando el veneno en un vaso de agua)* Aquí tienes el veneno.

(CONRADO se bebe el vaso de un trago.)

ESTRELLA. Y aquí la puñalada.

(CONRADO se abre el pecho descubriendo el sitio del corazón donde ESTRELLA, le clava el puñal, cayendo CONRADO herido.)

CLAVEL. Y aquí el tiro.

(Dispara a la cabeza de CONRADO que yacía, caído ya, en el suelo. CONRADO queda inmóvil, rígido, muerto.)

(Pausa. Vuelve a oírse música más cercana carnavalesca. Luego entran, silenciosamente, en escena, enmascarados, FEDERICO, ALBERTO y GUSTAVO.)

FEDERICO. ¡Basta de bromas, amiguitas!

ALBERTO. De bromas de mal gusto.

GUSTAVO. Y trasnochadas.

(Las tres inmóviles, mudas, desenmascaradas, les señalan el cuerpo de CONRADO, en el suelo, muerto.)

FEDERICO. *(Acercándosele)* ¡Vamos hombre, levántate! ¿Estás borracho? Ayúdame a llevarle a la cama...

ALBERTO. *(Acercándose)* ¡Tienes sangre en las manos, Federico, tienes sangre!...

GUSTAVO. ¡Y tú tienes vino en la cabeza! Ayúdanos a llevarle a los dos.

(Los tres llevan el cuerpo inanimado de CONRADO al lecho en que lo tienden y lo tapan.)

(Aparece MELUSINA en la puerta que se supone del tocador. Medio desnuda, con el cabello suelto.)

MELUSINA. ¿Qué hacéis aquí?

(CLAVEL, MARAVILLA y ESTRELLA, poniéndose las caretas, recogen el puñal, el veneno y la pistola, y conforme lo hacen, con ademán trágico le van contestando a MELUSINA)

CLAVEL. *(Con la pistola en la mano que deja caer a los pies de MELUSINA)* He matado a tu marido, Melusina.

ESTRELLA. *(Lo mismo con el puñal)* He matado a tu marido, Melusina.

MARAVILLA. *(Lo mismo, con el veneno)* He matado a tu marido, Melusina.

(Quedan en actitud amenazadora ante MELUSINA. Entonces GUSTAVO, ALBERTO y FEDERICO, se adelantan sin decir nada, y lentamente van saliendo uno con cada una. MELUSINA impávida los ve salir. Hay una pausa. Aparecen por la misma puerta que entró MELUSINA, el DIABLO y ARLEQUIN.)

MELUSINA.

(Llega hasta el lecho, lentamente, destapando a Conrado que aparece muy pálido y con una mancha roja en el pecho, muy exageradamente visible y otra igual en la sien, como la estampa del suicida.)

CONRADO.

¿Qué has hecho, Conrado?
(Incorporándose, con naturalidad) ¡Ya lo ves! Matarme.
(Se deja caer)

MELUSINA.

¿Por qué?

CONRADO.

(Incorporándose) Porque te quería. *(Se vuelve a dejar caer sobre el lecho)*

MELUSINA.

¿Tu vida no era la mía?

CONRADO.

¿Sabes que no te engañé?
(Como antes, incorporándose y con naturalidad).

MELUSINA.

Lo sé. *(Vuelve a echarse)*

CONRADO.

¿Eres tú quien me engañaba?

MELUSINA.

(Mismo juego) Te amaba.

CONRADO.

¿Por qué quisiste la muerte?

MELUSINA.

(Mismo juego) Por quererte.

Querer, amar y engañar
con la burla de la muerte,
fué como querer perderte
para poderte encontrar.

Como ponerte a secar
en la nube que te llueve:
a helarte en la llama breve
buscando en ella tu frío.
A llorar con el rocío
y a quemarte con la nieve.

(Música dentro)

CANTO.

*Entre llamas y entre hielos
acecha siempre el dolor
los amorosos desvelos;
porque no matan los celos
lo que mata es el amor.*

Persigues lo que perece
huyendo de lo que amas:
con la luz que te estremece
entre hielos y entre llamas

cuando apenas amanece;
desvelada veladora,
velando vilos y vuelos,
celas por celos los cielos
con celajes de la aurora,
entre llamas y entre hielos.
Estás en todo vivir
escondida de tal suerte
que no te siente venir
quien más suspira por verte.
No matas, dejas morir;
enmascarando la vida
con sombras de tu temor
tejes mortal el amor,
porque en tu mano escondida
acecha siempre el dolor.
Vida, que te ves partida,
si para poder tenerte
hay que darte por perdida,
no eres vida por ser muerte,
eres muerte por ser vida.
No es cruel escapatoria
la que esquiva tus recelos
con brillantes espejuelos,
cuando escudan tu memoria
los amorosos desvelos.
No eludes ecos fugaces,
ni con reflejos te hieres:
pones diversos disfraces
por temor de lo que eres
a todo lo que no haces.
Quieres que la llama pura
no dé sombras a los suelos,
que amor de tan bajos vuelos
no persiga tu hermosura:
porque no matan los celos.
Por el amor que reclamas,
robadora de sus velos,
eres Judith de tus llamas
y Salomé de tus hielos.
Revelando lo que amas,

cuando desdice tu suerte
la desnudez del dolor
no te escudas con temor,
pues, fuerte como la muerte,
lo que mata es el amor.

(*MELUSINA, mientras esto se dice, se ha dirigido hacia el lecho donde yace CONRADO, y lo contempla largamente, poniendo a su lado, las armas homicidas: el veneno, la pistola y el puñal. Por último, se arrodilla a sus pies sollozando. Entonces el DIABLO saca su gran sable de cartón y lo coloca sobre el lecho, al lado de MELUSINA.*)

DIABLO. Llorando tu desatino
desatas con tus enojos
caudales con que tus ojos
enternecen al destino.
Si, solícito adivino,
elude tu corazón
la mueca de la pasión
que te causa tanta muerte,
lo hace, velando su suerte,
con llanto de tu ilusión.

ARLEQUIN. Para una mujer que llora
hasta los celos son cielos;
que amor de tan altos vuelos
la precipita en la aurora.
Quien estrellas atesora
con lágrimas de su llanto,
deshace el velado manto
con que la noche desvía,
encandilando en el día
de los cielos, su quebranto.

(*MELUSINA se ha puesto en pie y llorosa, pero decidida, cogiendo el gran sable de cartón, hace ademán de cortar con él la cabeza de CONRADO, haciéndose en este mismo instante la*)

MUTACION

ESCENA VI

(*Calle y balcón o pérgola del Palacio Meluso, como en la escena primera. Aparece por la calle, cantando, la estudiantina que lleva en hombros un fétetro, sobre el que se ostenta, muy visible, una gran cornamenta de venado. Está amaneciendo.*)

CANTO.

Tu dicha por no ser dicha
halló desdicha tan fuerte;
que no hay dicha ni desdicha
que lo sea hasta la muerte.

Doncella de pocas luces,
casada de muchos humos,
¿serás viuda de consumos
o monja que se hace cruces?

No harás muy largas tus tocas
ni muy seguidos tus toques,
que no vuelven con retoques
las virginidades locas.

No escapas escurridiza
al rescoldo del amor;
que el fuego guarda el calor
escondido en la ceniza.

Por la imagen huidiza
que el cristal te representa,
¿serás nueva cenicienta
del amor que te eterniza?

(*Suenan campanas tocando al alba y otras a muerto, alternando y oponiéndose como las luces de los hachones encendidos y la del día. Asoma al balcón MELUSINA llevando a su lado al DIABLO-POLICHINELA, y al ESPEJO-ARLEQUIN; detrás, a las Máscaras del TIEMPO, el AMOR y la LOCURA. La máscara de la MUERTE, que dirigía el cortejo, se queda al pie de la balconada o pérgola donde dice:*)

MUERTE. ¡Tiempo, que el amor te alcanza!
¡Amor, que ya la locura
trastocando tu ventura
anticipa tu venganza!
No temas por la mudanza
con que el dolor te prefiere,
que más hiere quien más quiere,
y siempre quiere mejor
el que te hiere de amor
que el que de celos te hiere.
No está el destino en tu mano
porque asido de su huella
jeroglíficos en ella

trace el pensamiento humano,
 sino porque es el arcano
 molde de tu voluntad
 en que escribe la verdad
 enigma tan peregrino
 que convierte tu destino
 en ley de tu libertad.
 ¡Qué dicha tan desdichada
 que para ser decidida
 tuvo que ser desasida
 primero que deseada!
 Venciste, de enamorada,
 la sombra de mi temor.
 Mira lo que es el amor
 que con tal de estremecerte
 a la piedad de la Muerte
 sacrifica tu dolor.

(Mientras esto se dice, MELUSINA ha sacado de entre sus velos la cabeza cortada de Conrado, asiéndola de los pelos para mostrarla. Ante ella, el DIABLO se precipita de la balconada, cayendo sobre el ataúd y poniéndose la cornamenta sobre su cabeza, sigue montado sobre el féretro, como llevado en andas, triunfalmente. Entretanto, el ESPEJO-ARLEQUIN, trata en vano de situar su cristal ante el rostro de MELUSINA, que ésta escuda con la cabeza cortada. Sigue la música y el cortejo adelante, y en el balcón la misma actitud de MELUSINA, con la cabeza asida de los pelos, mostrándola, respaldada por las tres Máscaras, con la de la MUERTE abajo y teniendo el ESPEJO-ARLEQUIN a su lado, mientras el telón cae lentamente).



ACTO II

PERSONAS que figuran en este segundo acto.

MELUSINA.	GUSTAVO.
MINUTISA, camarera de Melusina.	LA CABEZA DE MELUSO.
CLAVEL.	EL DIABLO - POLICHINELA.
MARAVILLA.	EL ESPEJO - ARLEQUIN.
ESTRELLA.	El barbero JUAN.
FEDERICO.	Una muchacha que baila.
ALBERTO.	

MUSICOS Y COMPARSAS ENMASCARADOS.

ESCENA I

(Una plaza. Al fondo, una Iglesia. A los lados, casas, en las que habrá tres ventanas y tres puertas practicables. En primer término, a la derecha, un ventanal o balcón y puerta del Palacio de Meluso: frente a él, en primer término, a la izquierda, una fuente.)

Está amaneciendo. Tañe una campana con toque de Misa de alba. En el balcón, MELUSINA, vestida de tocas y manto de viuda, con negros crespones: la acompaña MINUTISA, vestida de encarnado. Luego, ESTRELLA, MARAVILLA y CLAVEL, en las ventanas; y en las puertas: FEDERICO, ALBERTO y GUSTAVO. Duerme ARLEQUIN, medio recostado contra el pilón de la fuente.)

MELUSINA, MINUTISA, ARLEQUIN: luego EL DIABLO, ESTRELLA, MARAVILLA, CLAVEL, FEDERICO, ALBERTO, GUSTAVO y COMPARSAS. Música y canto dentro.

MELUSINA.

Manos de amor me tiende con el día
el engaño mortal de lo lejano,
al cerrarme, con cerco ciudadano,
horizontes de muda pedrería.

Sangra de luz la clara lejanía
que hiere el sol con resplandor liviano
como clava en la palma de mi mano
el destino invisible su porfía.

Quisiera asirme al hilo que me tiende
la agonizante luz de la alborada,
asiéndome al temblor de sus albores;

que cuando siento el rayo que me prende,
por destellos de luz encadenada,
me quemo en el afán de sus fulgores.

MINUTISA.

El alba es una agonía
que se desangra en las flores,
con aroma de colores
y color de melodía.

Yo no sé qué pasaría
si no hubiera ruiseñores:
pero pulsa más temblores

en el himno de su vuelo
asumida por el cielo
la alondra que canta albores.

CLAVEL.

(En la ventana)

La tierra viste de brumas
la desnudez de sus oros;
como hacen risa los lloros,
y la mar deshace espumas.

MARAVILLA.

(En la ventana)

La pradera florecida
rompe en sonrisa tu llanto:
todo renace al encanto
venturoso de la vida.

ESTRELLA.

(En la ventana)

Trina mejor sus primores
la alondra que el ruiseñor.
Todo te dice: el amor
es amor de los amores.

CANTO.

*Flores y pájaros son
espejo de los amores:
unos, eco de colores;
otras, olor de canción.*

MINUTISA.

La luz es como un lamento
que se desgrana en la altura,
palpitante de ternura
y musical sentimiento.
Si la nube, con el viento,
vela su sangre encendida,
no le apagará la vida
al velarnos su ilusión,
que así vela el corazón,
con el llanto, lo que olvida.

CLAVEL.

(En la ventana)

El amor de los amores
es al amor del amor
lo que el pájaro cantor
a los pájaros cantores.

MARAVILLA.

(En la ventana)

Lo que el olor de las flores
es al olor de una flor;
y la red del pescador
a los peces de colores.

ESTRELLA.

(En la ventana)

Lo que es el sol a los soles
si los apaga de estrellas,
cuando no refleja en ellas
la luz de sus arreboles.

CANTO.

Flores y pájaros son...

MINUTISA.

El viento es corcel sin brida
que, con ímpetu violento,
arrebata al pensamiento
alma, corazón y vida.
Si la luz estremecida,
no remansa su temblor
tan sólo podrá el amor,
temeroso de su suerte,
arrebatarle a la muerte
estrella, pájaro y flor.

(Se retiran del balcón MINUTISA y MELUSINA.)

CLAVEL.

(En la ventana)

La Iglesia que se levanta
sobre los prados en flor,
es bandera del amor
que a los cielos se adelanta.

MARAVILLA.

(En la ventana)

¡Tirana de cada día,
no nos tires más tirones
tíranos tirabuzones
sin tanta tintanería!

ESTRELLA.

(En la ventana)

La campana: ¡tín, tán, tón!
repica incesantemente.

El cencerro, consecuente,
responde: ¡tolón, tolón!

CANTO.

Flores y pájaros son...

(Cerrando cada una su ventana desaparecen las tres. ARLEQUIN se levanta, desperezándose, al tiempo que sale por la puerta del Palacio Meluso, MINUTISA, vestida toda, como estaba, de rojo encendido, y tocada la cabeza con mantilla o manteleta o velo negro o gris. ARLEQUIN se precipita a su paso.)

ARLEQUIN.

Minutisa, dime, dí,
¿a dónde vas tan de prisa?

MINUTISA.

Voy a Misa,

ARLEQUIN.

¿Vas a Misa,
Minutisa,
vestida de carmesí?

MINUTISA.

Si que sí.

ARLEQUIN.

Pues, ¿cómo así
en miércoles de ceniza?

MINUTISA.

Como así
la llama que es un rubí
si se deshace en el viento
se hace polvo ceniciento.
Y yo, porque soy rojiza,
me enmascaro de ceniza.

ARLEQUIN.

¿Por qué sí?

MINUTISA.

Porque indecisa.

ARLEQUIN.

¿Indecisa,
Minutisa,
se prende la llama en ti?

MINUTISA.

¡Ay de mí!

ARLEQUIN.

¿Pues no te avisa?

MINUTISA.

¡Me estoy muriendo de risa!

ARLEQUIN.

¡Minutisa carmesí!
Ni contigo ni sin ti
mi vida tiene remedio:
sin ti, me muero de tedio;
contigo, de frenesí.

MINUTISA.

¡Ay de ti!

(Entra en la Iglesia)

ARLEQUIN.

¡Ay de mí!

(Hace una pirueta como rematando una actitud de baile y queda inmóvil. Sale de la Iglesia, al entrar MINUTISA en ella, el DIABLO-POLICHINELA, vestido de monja, con grandes tocas, de las que le salen por la cabeza los enormes cuernos; lleva un libro y un rosario muy grandes. Al salir, con exagerados espavientos, se santigua repetidamente.)

ARLEQUIN. ¡Lo que me quedó por ver,
al Diablo haciéndose cruces!

DIABLO. ¿Cuándo, lógico, deduces
el ser por el parecer?

ARLEQUIN. ¿Pues no es que parezca Diablo
quien se signa y se persigna?

DIABLO. No, si entiendes el enigma
de los cuernos y el establo.
Nació Cristo, al parecer,
entre una mula y un buey,
para no parecer Rey,
pues no lo quería ser.
Y de ese modo, al nacer
junto a cuernos de fortuna,
con sus alientos le acuna
el animal temeroso,
dándole, como al esposo,
los dos cuernos de la luna.
¿Qué te extraña que al Diablo,
nacido de los infiernos,
le hayan salido los cuernos
desde que miró al establo?
Y porque mira al retablo
de la santísima cuna,
como el que mira a la luna
poniendo los ojos tiernos,
Diablo al que le sale cuernos
es Diablo que se vacuna.

ARLEQUIN. ¿Y por qué vistes con tocas
y apariencias de monjío?

DIABLO. Al que se muere de frío
todas las tocas son pocas.

ARLEQUIN. ¿No eres el fuego que abrasa?

DIABLO. Con que a mí mismo me hielo;
que la esperanza de cielo
nunca pasó por mi casa.

ARLEQUIN. ¿Cómo de la Iglesia sales?

DIABLO. Habiendo entrado primero.

ARLEQUIN. ¿Eres el perogrullero
mayor que han visto mortales!

DIABLO. Acostumbro, en casos tales,
perogrullar las tocas,
tocando vírgenes locas,
y haciendo, con esa hechura,
de su locura cordura,
si las consecuencias tocas.

ARLEQUIN. ¿Son tocas conventuales
las que trocas con tu trato,
tratando, tan de barato,
las locuras virginales?

DIABLO. ¿Y eso te parece mal?
Al tantear tantos tientos,
no trato, troto con vientos;
y es cosa muy natural
que si cuentas paren cuentos
contando con tantos vientos
me vuelva conventual.

ARLEQUIN. ¿No eras el trata-con-vientos
de más alcahuetería?

DIABLO. Lo seré más todavía
con disfraces cenicientos.

ARLEQUIN. ¿Quién en la Iglesia te mete?

DIABLO. ¿Y en dónde me metería
mejor, ni más me valdría
mi crédito de alcahuete?
Va ardiendo como un cohete
el que se quema de prisa;
porque se muere de risa
de lo que al cielo promete.

(Sale MINUTISA de la Iglesia, dirigiéndose hacia la puerta del Palacio, de donde salió. Lleva una enorme cruz de ceniza en la cabeza, otra en la frente, y en el pecho otra.)

MINUTISA. (Al Diablo)
¿Es señora o señorona,
o tal vez madre abadesa,
la que llaman Doña Tiesa,
y también Doña Zumbona?

DIABLO. No, niña, yo no soy esa
señora Doña Zurróna:
pero tú, ¿serás, soplona,
Señora Doña Pavesa?

MINUTISA. Si no es pavesa de pava
sino pavesa de fuego,
yo soy ésa, desde luego,
porque abraso como lava.

DIABLO. Lava de fuego no lava
porque es mancha cenicienta;
o huella de amor sangrienta
como grillete de esclava.

MINUTISA. Pues esa señal no es mía,
Señora Doña Ceniza.
Yo soy noche, espantadiza,
que se escabulle en el día.

(*Entra en el Palacio*)

DIABLO. (*A Arlequín que se ríe exageradamente, doblándose por
la cintura.*)

ARLEQUIN. ¿De qué ríes, espejuelo?
De la alondra que te hechiza,
empolvando de ceniza
hasta la capa del cielo.

DIABLO. ¡Ya del Carnaval me espanto
por su máscara de risa;
que la Cuaresma, de prisa,
me trae la suya de llanto!
Cuaresma por Carnaval,
es careta por careta;
todo es una misma treta
qué hace a la Muerte inmortal.
Que se lllore o que se ría,
la misma máscara advierte
que terminan con la muerte
el dolor y la alegría.
Son iguales, por mortales,
con diversos pareceres,
penitencias y placeres,
cuaresmas y carnavales.

ARLEQUIN. ¡Y el Diablo predicador
que predica uno por ciento!

DIABLO. ¿Si predico lo que siento
moralizo lo peor?

ARLEQUIN. ¿Te precias de moralista?

DIABLO. ¿Cómo no, si es la moral
ciencia del bien y del mal
y yo soy su especialista?

ARLEQUIN. ¿Eres espiritualista?

DIABLO. No. Soy espiritual;
que no suele ser igual.
Yo al árbol del Paraíso,
que era manzano de viso,
lo hice moral, de inmoral.
Eso te desacredita
si lo confiesas ahora:
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

DIABLO. Pon verde, que es pon y quita,
pues si la pones madura,
la manzana que más dura,
por más dura que la mora,
es más cristiana señora,
si sabe que no perdura.

ARLEQUIN. ¿Manzanas te desayunas?

DIABLO. Y con manzanas me ceno;
cuando cuaresmas no peno
porque me quedo en ayunas;
que siempre son otras unas
las que manzanean más.

ARLEQUIN. ¡Muy esotérico estás!

DIABLO. Con hambre de carne y hueso.

ARLEQUIN. Pues te quedarás en eso,
porque no las catarás.

(*Salen*)

(*Con música carnavalesca y funeral pasa por la escena el entierro de
DON ANTRUEJO, mascarada grotesca, en la que figuran frailes y monjas,
entre ellos, con hábito gris de franciscano, ARLEQUIN, que se separará del
grupo cuando indique el diálogo, habiendo entrado en escena algo después
del resto de la mascarada, procurando no ser notado.*)

MUSICA.

(Baile y canto) (Lo dice y baila una muchacha)

¡Don Antruejo!

¡El sol salió!

¿Quién me vió,

si soy reflejo,

palomita del espejo?

¿Quién me vió?

¿Quién no me vió?

¿Quién se ha visto como yo?

Don Antruejo,

se hizo viejo;

y aunque frunció el entrecejo,

entre cejas se quemó:

¡por los ojos se perdió!

¿Quién lo vió?

¿Quién no lo vió?

¡Si ya sólo es un pellejo!

¡Viva y muera Don Antruejo!

¡Viva y muera como yo,

que no soy más que un reflejo,

palomita del espejo!

¿Quién me vió?

¿Quién no me vió?

¿Quién se ha visto como yo?

(Mientras se hace el canto y baile y va pasando la procesión cuaresmal y carnavalesca, ARLEQUIN, encapuchado con hábito gris, se dirige a las tres puertas, haciendo como indica el diálogo.)

FEDERICO. (Aparece en la primera puerta a que llama ARLEQUIN)

¿Mensaje de Melusina?

ARLEQUIN. Se adivina.

FEDERICO. ¿Por tu mano me lo envía?

ARLEQUIN. Se diría.

FEDERICO. ¿Y no volaron tus pies?

ARLEQUIN. Ya lo ves.

(Le da un trocito de espejo)

FEDERICO. Pues si veo para creer,

y creo para adivinar,

¿será cosa de mirar

lo que ya es cosa de ver?

ARLEQUIN.

Y entender.

FEDERICO.

¿Cómo?

ARLEQUIN.

Al leer

FEDERICO.

el espejo que te di.

El espejo dice así:

(Mirándolo como si lo leyera)

“Soy vidrio, no soy cristal:

nací del aire y la llama;

me teme quien no me ama;

¡romperme es mala señal!”

(ARLEQUIN hace una pirueta y se va en busca de otra puerta, mientras FEDERICO dice, para sí:)

La cosa se va enredando

—yo ya no sé si lo entiendo—

¿tendré que seguir mintiendo

para seguirme engañando?

ALBERTO.

(Aparece en la puerta)

ARLEQUIN.

¿Melusina te envió?

ALBERTO.

¡Me mandó!

¿Y esto te dió para mí?

(Toma el trocito de espejo que le da ARLEQUIN)

ARLEQUIN.

¡Para ti!

ALBERTO.

Luego, si

Melusina te lo dió,

¿será por sí o por si no?

ARLEQUIN.

¡Qué sé yo!

ALBERTO.

¿Soy yo quién puede saberlo?

ARLEQUIN.

Y creerlo.

ALBERTO.

Ya tú ves que sí lo creo,

pues lo leo:

(Mismo juego de antes)

“Mira sin mirarte en mí:

que si tanto lo deseas,

verás, aunque no lo creas,

cuando no mires por ti”.

ALBERTO.

(Para sí)

Esto se va complicando

—yo ya no sé si lo entiendo—

¿tendré que seguir sufriendo
para seguir suspirando?

GUSTAVO.

(Abriendo su puerta)

¿Melusina a mí te envía?

¿Pues me fía!

ARLEQUIN.

GUSTAVO.

¿Fidelidad es tu lema?

ARLEQUIN.

Mi pamema.

GUSTAVO.

¿Tu mensaje no es verdad?

ARLEQUIN.

Mitad y mitad.

GUSTAVO.

¿Quién te tiene por entero?

ARLEQUIN.

Quien yo quiero.

GUSTAVO.

Luego claro se imagina

que te tiene Melusina.

¿Y si te tiene te da?

¡Ahí está!

ARLEQUIN.

(Le da el trocito de espejo)

GUSTAVO.

¿Lo creeré porque lo veo?

ARLEQUIN.

Y si lo ves y lo crees,

¿qué es lo que ves?

GUSTAVO.

Lo que leo:

(mismo juego de antes)

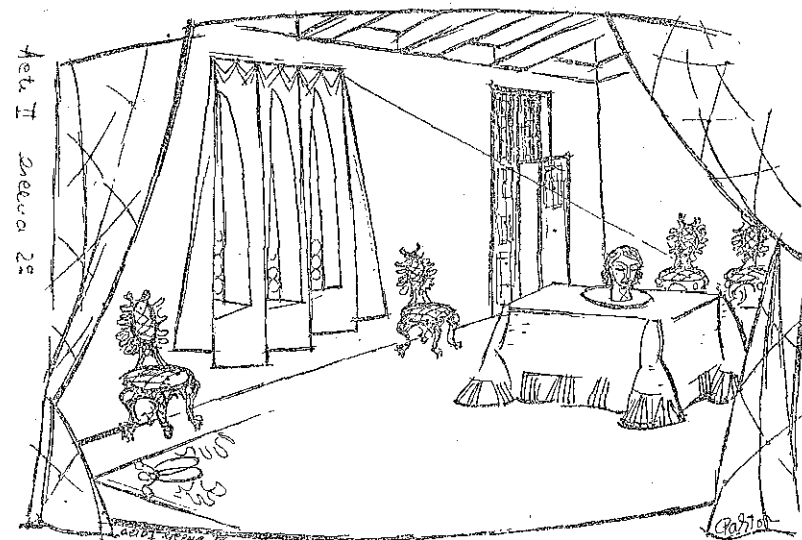
“No podrán tiros ni estoques
atravesar mi ilusión;
yo no tengo corazón:
tú, mírame y no me toques”.

(Mismo juego, para sí:)

La historia se va intrincando
—yo ya no sé si la entiendo—
¿tendré que seguir viviendo
para seguir esperando?

(Mientras termina este juego, en que ARLEQUIN, después del último
dialoguillo ha vuelto al grupo enmascarado y sigue a éste, con música y baile
grotescamente procesional, se hace la)

MUTACION



ESCENA II

(Sala del Palacio Meluso. Ventanales con cortinas corridas que de-
jan transparentar una débil luz a la que se percibe, sobre una mesa, la
CABEZA cortada de Meluso, como en los trucos de prestidigitación, por un
juego de espejos. Tiene los ojos cerrados como si durmiese. Se oye fuera
el canto de la escena anterior, que va extinguiéndose en lejanía, y luego, el
tañido de la campana. Después unos golpes, como si se dieran en la puerta
de la habitación. La Cabeza de Meluso, al oírlos, abre los ojos y dice:)

LA CABEZA. ¡Adelante!

(Entra el barbero Juan, llevando su estuchito con los enseres de su oficio)

EL BARBERO. ¿Da el señor su permiso?

CABEZA. Descorre las cortinas, Juan, para que veamos.

BARBERO. (Descorre las cortinas y la sala queda iluminada con
claridad de día)

¿Cómo ha descansado el señor? ¿Ha dormido bien?

CABEZA. Yo ya no duermo nada, Juan, desde que no tengo más que cabeza. No hago más que pensar, pensar... (bosteza)

BARBERO. Pues eso no es bueno.

(Mientras le prepara, afilando la navaja)

¿No cree el señor que se vería mejor ahora dejándose la barba?

CABEZA. Juan, tú tienes un prejuicio bíblico sobre los degollados. Quieres hacerme una cabeza artística: una cabeza de Bautista o de Holofernes...

BARBERO. (Mientras le enjabona) No crea el señor. No lo dije con esa intención. Sabe el señor que no soy judío.

CABEZA. ¿El señor quiere que le recorte un poco el pelo? También, pero no mucho. ¿Ves qué largos cabellos tengo? Despéjame la frente. Ponme los dedos ahí; no; un poco más arriba; ¿no sientes nada?

BARBERO. Nada señor. ¿Pues qué quería que sintiese?

CABEZA. No hagas caso, Juan. Son ilusiones mías.

BARBERO. De ilusiones se vive, señor.

CABEZA. Cuando no se vive de verdad. Cuando se vive de verdad, de ilusiones se muere.

BARBERO. ¿Y a qué llama el señor vivir de verdad?

CABEZA. A vivir como vivo ahora, desde que no tengo más que cabeza.

BARBERO. No diga eso el señor, que siempre tuvo mucho entendimiento.

CABEZA. ¿Entendimiento? ¿Acaso no me queda otra cosa?

BARBERO. El señor es un verdadero intelectual.

CABEZA. ¿Qué remedio me queda? Tendría que hacer de tripas corazón para dejar de serlo; y no tengo ni tripas ni corazón, como ves.

BARBERO. Pero nadie podrá decir que el señor haya perdido la cabeza.

CABEZA. Eso es lo malo, Juan. Ese es mi mal. Mi pena y mi castigo. Tú habrás oído decir muchas veces que alguno ha perdido la cabeza por una mujer. Pues lo mío es muchísimo peor: no haberla perdido: haberla encontrado.

BARBERO. ¿Y por una mujer?

CABEZA. Por una mujer, que se ha empeñado en conservármela.

BARBERO. ¿Cómo ha sido eso?

CABEZA. Pues como lo estás viendo. Para ti no tengo secretos. Te diré el que me tiene de este modo.

BARBERO. ¿No se siente bien el señor?

CABEZA. No me siento de ninguna manera. No puedo sentirme. Sólo puedo pensarme. Te diré lo que pienso, Juan; pero prométeme guardarme el secreto.

BARBERO. Es secreto profesional, señor. Prometido.

CABEZA. Pero antes díme, Juan, ¿qué piensas tú de la moral y de la vida?

BARBERO. Que la moral, señor, es la cosa más hermosa de la vida.

CABEZA. ¿Por qué lo dices?

BARBERO. No soy yo quien lo digo. El señor sabe que eso lo dice Boccaccio al empezar el primer cuento del Decamerón.

CABEZA. Pero la vida, desdichadamente, no es un cuento del Decamerón.

BARBERO. Desdichadamente, señor.

CABEZA. Ni la moral tampoco.

BARBERO. Desdichadamente.

CABEZA. ¿A ti te parecerá cosa de cuento una mujer fiel a su marido toda la vida: fiel con una fidelidad inquebrantable?

BARBERO. Sí, señor. Digo, no señor. ¿Qué quiere el señor que le diga?

CABEZA. Quiero que me digas lo que sientes, Juan, tú que puedes sentirlo. Porque esa mujer es la mía.

BARBERO. No siento decírselo al señor. Le felicito.

CABEZA. Pues no me felicites, Juan, porque ésa es mi desdicha.

BARBERO. ¿Por qué señor?

CABEZA. Porque la fidelidad de Melusina es la que me tiene de cabeza, como me ves. Por eso te hice tantearme la frente, por la ilusión de que pudiera brotarme el primer capullo delator de la única cosa que puede salvarme de este estado, que sería su amoroso engaño. Mientras Melusina me sea fiel viviré de este modo. Ya te dije que ésta es mi pena y mi castigo. Cuando Melusina traicione su fidelidad a este amor mío, desesperado, mi cabeza perderá la vida y el habla que ahora ves que tiene. Tengo que pedirte un favor, Juan, para el que te he contado todo esto. Quiero que me ayudes a lograr que Melusina me engañe...

BARBERO. Yo no me atrevería señor...

CABEZA. No seas idiota. No se trata de que me engañe contigo. Para que yo encuentre mi descanso, y pueda dormir eternamente, sin pensar ni hablar como ahora, que es una

terrible tortura, mi mujer tiene que engañarme por lo menos tres veces; y engañarme de veras.

BARBERO.

(Sorprendido, mientras le seca la cara y acaba de arreglarle el pelo)

CABEZA.

Pues, ¿cómo es eso?

Porque Melusina tiene tres almas y no basta que me engañe con una sola; tiene que engañarme con las tres. Tiene que engañarme por amor del amor con que me ha desengañado.

BARBERO.

Si entiendo lo que dice el señor, tiene que engañarle con toda el alma.

CABEZA.

Con todas sus almas.

BARBERO.

Bueno. Eso, lo mismo es. Porque una mujer siempre tiene alma para todo. Cuando no un alma para todos, y para cada uno.

CABEZA.

No me entiendes, Juan. Te digo que Melusina sólo tiene tres almas que aún siendo distintas, me profesan un solo y único amor verdadero y fiel.

BARBERO.

Las mujeres siempre son así, como dice el señor; cuando aman a uno, nunca quieren a otro. Yo creo, con perdón del señor, que no hay mujer enamorada que sea infiel a su amor. La mujer no es infiel más que cuando se es infiel a sí misma.

CABEZA.

Tienes una filosofía de peluquero.

BARBERO.

El señor no querrá decir de charlatán.

CABEZA.

Dije de peluquero; porque el peluquero filosófico habla siempre de espaldas al espejo.

BARBERO.

Eso sí que es verdad, señor; nosotros siempre le hablamos a la gente en la cara.

CABEZA.

Y las gentes prefieren no entender unas verdades tan poco lisonjeras o especulativas: por descaradas. Pero yo sí, Juan. Y creo que tienes razón en lo que dices de la fidelidad femenina. Desdichadamente lo sé por experiencia; por esta dolorosa experiencia que te estoy contando.

BARBERO.

El caso es que el señor quisiera que su respetabilísima señora esposa, Doña Melusina, le engañase, y lo hiciera con sus tres almas a la vez. ¿A la vez o sucesivamente?

CABEZA.

Lo mismo me daría; con tal de que me engañase las tres veces. O que me engañase del todo.

BARBERO.

Es que, como el señor sabe, y yo antes le decía, la mujer

siempre que quiere a uno, quiere a uno. No es como nosotros, los hombres, que siempre que queremos a una, queremos a otra.

CABEZA.

Eso es también verdad de peluquero. Como la de que cuando queremos a otra es porque queremos a una.

BARBERO.

Pero ésa es otra.

CABEZA.

No me hagas líos. Lo que yo te pido es que me ayudes para conseguir que Melusina se enamore de otros y engañe de ese modo mi amor. Sin ella enterarse, por supuesto, pues, si lo supiera, ya no me engañaría.

BARBERO.

Comprendo, señor. El señor quiere hacerse el tonto. Es lo habitual.

CABEZA.

Y he pensado en que tengo tres amigos, magníficos amigos, que son los indicados para el caso; pues los tres aman a Melusina.

BARBERO.

También es lo acostumbrado, señor. Los amigos son los mejores colaboradores para eso. Sin decirselo, claro.

CABEZA.

Claro que sin que ellos lo sepan. Por eso he empezado por citarlos aquí, para tenderles una trampa. Además, Melusina tiene tres amigas... Pero la dificultad no está en ellos, ni en ellas, sino en ella.

BARBERO.

Déjeme a mí hacer, el señor. Yo conozco a una endiablada Celestina que nos facilitará la tarea.

CABEZA.

Pues tráemela también, con sigilo.

BARBERO.

¿Puedo retirarme ya, señor?

CABEZA.

Sí. Pero antes hazme un pequeño favor.

BARBERO.

El señor dirá.

CABEZA.

Por ahí debe haber una caja con cigarros y otra con cigarrillos. Coge tú un cigarro, o más, los que quieras; fúmate uno, y dame un cigarrillo a mí.

BARBERO.

Gracias, señor. Pero no me parece correcto...

CABEZA.

¿El qué? ¿Encender ahora tu cigarro? No seas majadero. Si es que necesito la ceniza.

(Enciende el peluquero su cigarro poniéndole en los labios a la Cabeza el cigarrillo encendido también. Fuman. Pausa).

BARBERO.

El señor dirá para qué quiere la ceniza.

CABEZA.

Para que la tomes con un dedo y me hagas con ella una cruz en la frente.

BARBERO.

No sé si debo.

CABEZA.

Sí, hombre, sí. No seas supersticioso.

(El barbero lo hace)

BARBERO. ¿Algo más, señor?
CABEZA. Nada. Ya tengo mi toilette completa para hoy. Que no olvides mi encargo.
BARBERO. Descuide el señor.

(Sale el barbero Juan)

(Entran MELUSINA, seguida de MINUTISA y EL DIABLO, de monja, como en la escena anterior, y ARLEQUIN de fraile franciscano; ambos llevan un cirio encendido, y al oscurecerse la escena, sin decir nada, se colocan a los lados de la Cabeza de Meluso, poniendo los cirios en un candelero, uno a cada lado de la Cabeza.)

MELUSINA. Hay mucha luz aquí. Corre las cortinas, Minutisa.

(MINUTISA lo hace y queda la sala oscurecida como al principio, pero iluminada con los cirios.)

¿Duermes, Conrado?

(La Cabeza abre los ojos y bosteza; MELUSINA se arrodilla ante ella)

CABEZA. ¡Perdóname!
(esperanzado) ¿Me has engañado, Melusina?
MELUSINA. No, sino por el fiel amor que te tengo.
CABEZA. (decepcionado) Gracias, Melusina. Yo también pienso que te amo (bosteza).
MELUSINA. ¿Lo piensas, nada más?
CABEZA. Ya no tengo corazón para sentirlo.
MELUSINA. (suspirando) ¡Ay!, ¿no sientes mi amor en tu boca? ¿No es tuya mi vida?

(Va a besarle, como dice, y, ARLEQUIN pone su mano ante la boca de la Cabeza, besando MELUSINA la mano de ARLEQUIN).

CABEZA. ¿No viste una cruz en mi frente?
MELUSINA. Yo también la llevo. Déjame que bese mi cruz en ti. ¡Mi alma es sólo tuya!

(Mismo juego de antes, al hacerlo, se interpone la mano de ARLEQUIN que MELUSINA besa).

CABEZA. Veo la cruz en tu frente y en tu pecho, pero no en tus ojos, Melusina.
MELUSINA. ¡Mírala! ¡Si es tuyo mi corazón!

(Se le acerca, intentando besarle en los ojos y se repite el mismo juego, interponiéndose ARLEQUIN y volviendo a besar su mano MELUSINA).

CABEZA. Te amo, Conrado: con alma, corazón y vida.
Yo pienso Melusina que sigo amándote. Pero, ¿hasta cuándo, Melusina?
MELUSINA. Hasta que se cumpla mi venganza en quienes me han quitado tu vida, tu alma y tu corazón.
CABEZA. ¿Vengándote también en mí, Melusina?
MELUSINA. No, Conrado, sino en quienes te hirieron a ti de muerte.
CABEZA. ¿Qué piensas hacer, Melusina?
MELUSINA. ¡Ya lo verás!

(Hace una seña a MINUTISA y ésta se dirige al centro de la estancia donde coloca, ante la mesa, y tres a cada lado, seis sillas iguales; luego va a la puerta, haciendo entrar a CLAVEL, ESTRELLA, y MARAVILLA, seguidas de ALBERTO, FEDERICO y GUSTAVO, que entran sin decir nada, colocándose, como ante el catafalco de un funeral, cada uno ante su silla, en pie, hasta que lo indique el diálogo. MELUSINA se coloca detrás de la mesa, como si fuese a hacer un juego de prestidigitación con la Cabeza Encantada, que tiene a cada lado un cirio encendido y al DIABLO, de monja, y a ARLEQUIN, de fraile, inmóviles, haciendo como si rezaran; MINUTISA sale de escena, figurando que cierra la puerta al salir.)

MELUSINA. Os he reunido aquí para que escuchéis por la boca viva de Conrado, cuya cabeza está presente, cuál es su última voluntad; que ha de ser cumplida por vosotros a riesgo de vuestra propia vida. Podéis comprobar vosotros mismos que no hay engaño en esto, preguntando a la Cabeza de Meluso lo que queráis, y acercándoos a ella para ver que lo es, en efecto, su cabeza misma, tal como la conocisteis en vida...

(Los seis se acercan sucesivamente a la Cabeza, que les va saludando por sus nombres conforme llegan.)

CABEZA. Hola Clavel. Buenos días, Estrella. Salud, Maravilla. ¡Qué bonitas estáis con vuestro disfraz ceniciento!; casi más bonitas que anoche en el baile de máscaras. Y vosotros, Federico, Alberto y Gustavo, ¿habéis olvidado ya, con el sueño, la triste pesadilla de esta madrugada? Ya véis que no estaba borracho, sino muerto; tan muerto como lo estoy ahora; aunque mi cabeza os hable todavía, para poder deciros lo que he pensado, y que espero que

vosotros cumpliréis, si no queréis veros en la difícil situación mía, que es una tortura que no os deseo...

(Los seis se retiran estupefactos, al oír la Cabeza parlante, y MELUSINA con un gesto les hace sentar.)

CLAVEL. (en voz baja a MARAVILLA y ESTRELLA) ¡Qué cosa más rara! ¡Y el caso es que está más guapo así! Debe tener el cuerpo debajo de la mesa; Melusina es una escamoteadora endiablada, ¡ya os lo decía yo!

MARAVILLA. (lo mismo) Sería una lástima que no tuviese cuerpo ninguno. No envidio a Melusina, si es verdad que no tiene más que la cabeza.

ESTRELLA. (lo mismo) No digáis. A mí esto me da muy mala espina. Veréis cómo es una trampa de los dos para asustarnos y que hagamos lo que ellos quieren.

ALBERTO. ¿Qué piensas de esto, Federico?
FEDERICO. Que Melusina es más lista de lo que yo pensaba. Ya lo véis. Todo esto ha sido invención suya. Pero no puedo ni figurarme lo que se propone.

GUSTAVO. A mí me parece que todo esto es lo más inverosímil que podamos imaginarnos; porque no tiene truco ni engaño alguno; porque es, sencillamente, si misteriosamente, verdad.

MELUSINA. Lo que Conrado ha pensado es una cosa muy sencilla y muy feliz para vosotros. Consiste simplemente en que os caséis.

(Los seis se levantan como movidos por un resorte y dicen a la vez)

LOS SEIS. ¿Cómo?
MELUSINA. ¡No asustaros! ¡Verdad, Conrado, que ése es tu pensamiento?

(La Cabeza hace signos afirmativos)

LOS SEIS. (como antes) Pero, ¿cómo?
MELUSINA. (con naturalidad) ¿Cómo va a ser? Por parejas. De dos en dos. Cada uno con cada una.

GUSTAVO. Eso ya lo suponemos nosotros. Pero las parejas ¿serían de libre elección?

MELUSINA. Eso vendrá después, Gustavo. Vamos poco a poco. ¿Qué os parecen las bodas?

MARAVILLA. ¿Y si nos pareciera mal?
MELUSINA. Tendréis en su lugar la horeca.

CLAVEL. ¿Los seis?
MELUSINA. Los seis. Tendréis bodas mortales.
ESTRELLA. ¿Por qué?
MELUSINA. (con gravedad) Porque sois los asesinos de Conrado Meluso.

LAS TRES. ¿Tú nos denunciarías a todos?
MELUSINA. (resuelta) Sí.
FEDERICO. ¿Esto es un chantage, Melusina? Pero no puedo adivinar tu intención.

MELUSINA. Pregúntasela a Conrado.
CABEZA. (para sí) ¡Como si lo supiera yo! (bosteza) Lo que Melusina os propone me parece muy razonable. Es lo que yo pensaba... hace tiempo... lo que sigo pensando ahora.
ALBERTO. ¿Y vamos a elegir pareja nosotros o ellas?

MELUSINA. Lo echaréis a suerte. Tratándose de bodas el mejor acierto depende siempre del destino.

GUSTAVO. Por mi parte, acepto la propuesta encantado.
MELUSINA. Eres un caballero, Gustavo; no podrá esperarse menos de vosotros dos.

(FEDERICO y ALBERTO dicen que sí con la cabeza)

¿Qué decís vosotras?

MARAVILLA. (en voz baja a las otras dos) Hay que ganar tiempo.
(en voz alta) Nosotros decimos también que sí.

MELUSINA. ¡(Toma de la mesa la pistola, el puñal y el veneno, que estaban al lado de la Cabeza cortada, y se adelanta a mitad de escena).

Estas son vuestras armas. ¿Cuál eliges Gustavo?

GUSTAVO. El veneno, si viene de tu mano.
MELUSINA. Viene de la mano de Maravilla, tu futura esposa. Ahora entre el puñal y la pistola tendréis que elegir vosotros dos a ciegas. Vendarles los ojos.

(Lo hacen ESTRELLA y CLAVEL)

Tomarlos de la mano de vuestras novias.

(Les da a las dos la pistola y el puñal, mientras las buscan, como jugando a la gallina ciega, FEDERICO y ALBERTO, encontrando FEDERICO a CLAVEL, que tiene la pistola y ALBERTO a ESTRELLA que tiene el puñal.)

FEDERICO. ¿Y qué hacemos con esto? (señalando a las armas)
MELUSINA. (con ironía) Vosotros sabréis. Guardarlas por si acaso. Son nuestro regalo de boda. ¿Verdad, Conrado?

(La cabeza asiente, y bosteza)

(Antes de salir van dejando sobre la mesa los tres pedazos del espejo roto que tenían FEDERICO, ALBERTO y GUSTAVO. MELUSINA se los va poniendo ante el rostro, sucesivamente, a ESTRELLA, CLAVEL y MARAVILLA que se miran en ellos componiéndose la cara y el pelo. Luego salen lentamente los seis, emparejados, como se hizo en el acto anterior y sin decir palabra. Entra MINUTISA, que les abre la puerta y se queda en escena, esperando órdenes de MELUSINA.)

CABEZA. Tu venganza me parece excelente, Melusina: sobre todo por la idea de las bodas. Pero no acierto a comprenderla, ni adivino lo que te propones.

MELUSINA. Ya lo verás. Descansa ahora, si puedes, hasta la noche, para que tengas la cabeza enteramente despejada.

CABEZA. ¡Si no tengo otra cosa, Melusina! (bosteza)

ARLEQUIN. Despejo que es despejo.

DIABLO. (al oído de la Cabeza) No hagas caso del fraile: es de pega. Hazme caso a mí. Yo soy quien te envió el peluquero.

CABEZA. Déjanos ahora, Melusina; quiero rezar con estos penitentes que me has traído.

MELUSINA. Minutisa y yo vamos a preparar la fiesta.

(Salen MELUSINA y MINUTISA)

ARLEQUIN. (Quitándose el hábito y apareciendo con su traje de Arlequín.)

Mírate en este espejo Meluso, ¿qué ves?

(Le ofrece los tres pedazos del espejo unidos)

CABEZA. Veo a Melusina.

DIABLO. ¿Entera o en parte?

CABEZA. Enterita, tal como es.

ARLEQUIN. ¡Entonces estamos salvados!

CABEZA. ¿Por qué?

DIABLO. Porque Melusina volverá a tener una sola alma cuando pierda definitivamente la cabeza; tu cabeza, quiero decir: ¿lo entiendes?

CABEZA. Creo que sí. ¿Pero y yo?

ARLEQUIN. Tú dejarás de padecer este suplicio, dejarás de ser Cabeza encantada.

CABEZA. ¿Melusina me engañará?

ARLEQUIN. Ya ha empezado a engañarte.

CABEZA. (contentísima) ¿Qué dices? ¿No me engañas tú?

DIABLO.

(Quitándose las tocas y los cuernos que coloca triunfalmente sobre la Cabeza de Meluso, y apareciendo de Polichinela, va de un lado a otro, visiblemente satisfecho, hasta que encuentra una botella y unas copas, que llena, dándole una a ARLEQUIN y otra a la Cabeza que la bebe de un trago. Con la copa en alto.)

¡Por Melusina engañadora!

ARLEQUIN.

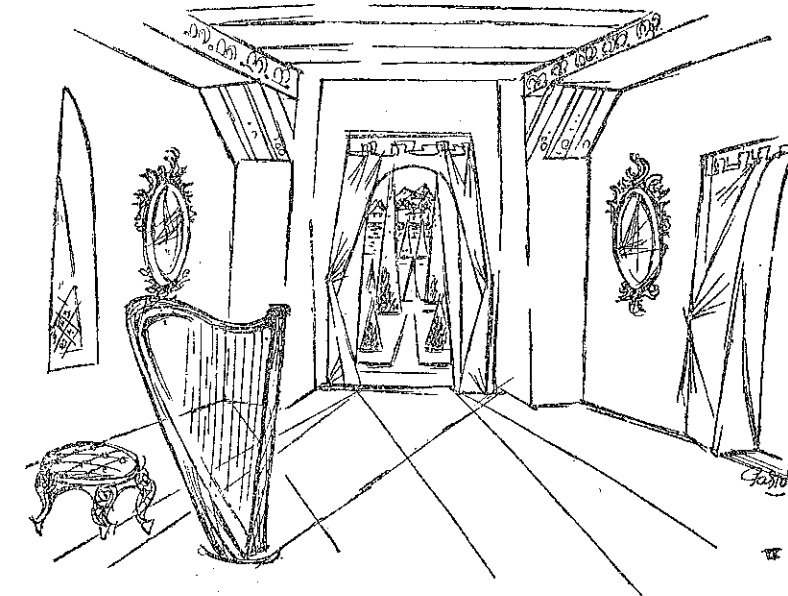
(lo mismo) ¡Por el alma única de Melusina inmortal!

(La Cabeza ríe, ARLEQUIN da piruetas, y el DIABLO-POLICHINELA, tambaleándose como un borracho, parodia con ritmo de baile el tañido de la campana, que vuelve a oírse ahora).

DIABLO.

¡Tán, tón, tán, tón, tán, tón, tán, tón...!

MUTACION



ESCENA III

(Otra sala del Palacio Meluso, con puerta abierta a un jardín. Es mediodía. En el jardín se ve a MINUTISA cogiendo flores. En el interior, a MELUSINA, pulsando un arpa. Pausa larga. Cuando la suave música se acalla, quedando difuminada en el fondo, dice MELUSINA:)

MELUSINA.

Un cuerpo con tres almas parecía
la imagen viva de mi sentimiento,
cuando, por extremarla el pensamiento,
como un cristal de hielo la rompía;
nieve que se derrite con el día;
nube de polvo que deshace el viento;
apagado rescoldo ceniciento
del fuego en que el amor me consumía:

ahora pulsán mis dedos su latido
en el eco lejano de mi llanto,
que es sombra que se muere con la llama;
como si el corazón, estremecido,
no tuviera más voz de su quebranto
que la que le enmudece lo que ama.

MINUTISA.

(Entrando con un gran manojo de flores recién cortadas)

Aquí tienes, Melusina,
las flores que me encargaste:
¡luces de encendidas llamas;
cenizas al apagarse!

MELUSINA.

Las flores, con ser las flores,
son el veneno del aire.
Amores que un solo amor
partió en tres almas amantes
haciendo una sola sombra
la luz de sus claridades:
sóis, amores, como flores
cortadas, que, al marchitarse,
se juntan en un aroma
y en un color se reparten,
uniéndose para hacerse
el ansia de separarse;
como los cinco sentidos,
con sentido semejante,
en un alma que los junte
y un cuerpo que los separe:
pues parten del corazón
para volver a encontrarse
juntos en el pensamiento
que no puede separarles.
¡Sombras sóis de la mudanza,
sentidos tan desiguales
que mentís para los ojos

lo que escuchando olvidáis!
Sabor de un sólo saber
que sólo sabe ignorarse.
Tacto de un latir, pulsado
en el olor de la sangre
que palpita a flor de piel
cuando empieza a deshojarse.
¡Ay flores, que con ser flores,
sóis el veneno del aire!
Amores sóis de un amor
herido por empeñarse
en seguir del corazón
las oscuras veleidades.
No es flor la del alma mía
si sus aromas esparce
y sus colores marchita
cuando sus pétalos abre;
que siendo flor esparcida,
semilla de tantos males,
no alienta con el amor
herida de parte a parte:
que respirar por la herida
no es respirar, es ahogarse.
¡Ay flores, que con ser flores,
sóis el veneno del aire!

(Se oye fuera, hacia el lado del jardín, que se supone da a una calle o plaza de la ciudad, un fuerte rumorero, cada vez más intenso y amenazador, conforme va avanzando la escena)

VOCES.

(dentro)

¡Muera, Melusina, muera!
Porque ha matado su amor.

MELUSINA.

(a MINUTISA)

¿Qué dice, alborotador,
ese rumor allá fuera?

VOCES.

(dentro)

¡Muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!
¡Señora, si es un clamor
que dice de esta manera:
muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!

MINUTISA.

MELUSINA. Pues no lo dice mejor
que yo misma lo dijera:
¡muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!

MINUTISA. No es vuestro riesgo menor
estar aquí prisionera:
hay que buscar la manera
de escapar a ese furor.

VOCES. *(dentro)*

MELUSINA. Porque ha matado su amor:
¡muera, Melusina, muera!
El amor que me delata,
volviéndome la venganza,
me devuelve la esperanza
si la vida me arrebatara:
quiero el querer que me mata
diciéndolo sin temor,
cuando lo dice mejor
que yo decirlo pudiera.

VOCES. *(dentro)*

MELUSINA. ¡Muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!
¡Ay de mí! que enamorada,
más amante que amorosa,
si en celada de celosa,
por engañosa, engañada,
no pudiendo de casada
decir lo que ese el amor,
ahora lo escucho mejor
que yo decirlo supiera:

VOCES. *(dentro)*

MELUSINA. ¡Muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!
Sí, muera; muera la estrella
apagada con el día;
muera con la noche fría
la flor desmayada en ella:
muera la apariencia bella
espejada en su fulgor,

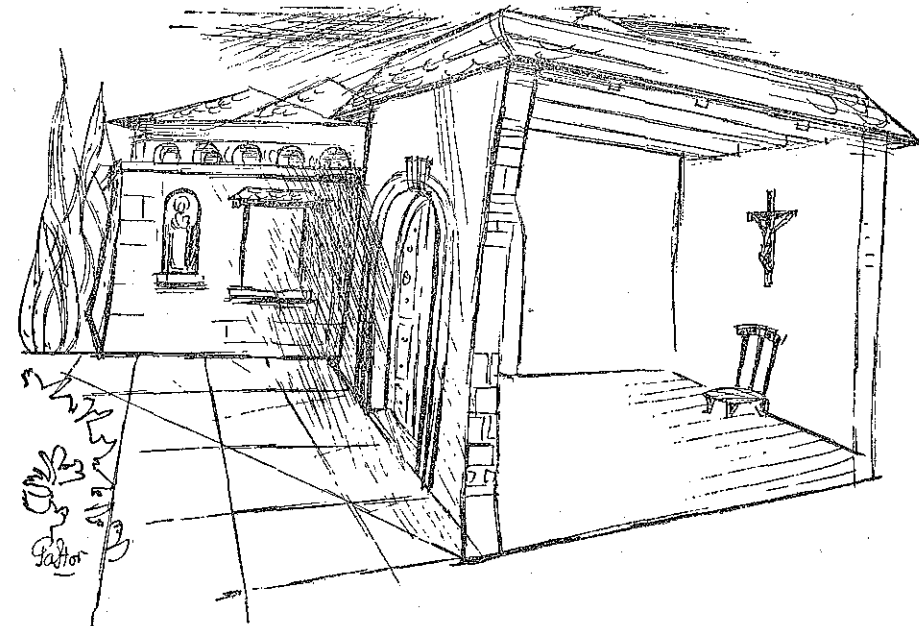
cuando me dice mejor
que yo decirlo quisiera:
¡muera, Melusina, muera,
porque ha matado su amor!

(Sale MELUSINA por la puerta del jardín, y al tiempo que va a seguir la MINUTISA, entran por otra puerta interior, el DIABLO-POLICHINELA y EL ESPEJO-ARLEQUIN, en plan de fuga, con sacos de mano y enseres de viaje a medio cerrar, cayéndoseles las cosas que contienen, y muy precipitados y asustados. Queda MINUTISA en escena.)

ARLEQUIN. ¿A dónde fué tu señora?
DIABLO. ¡Hay que huir a toda prisa!
ARLEQUIN. ¡Ni un minuto, Minutisa,
podemos perder ahora!
DIABLO. ¡Antes que se acabe el día
van a quemar el palacio!
ARLEQUIN. No es cosa de andar despacio.
MINUTISA. ¿Quién armó esta algarabía?
ARLEQUIN. ¿Quién iba a ser? ¡Un barbero!
MINUTISA. Cosa muy puesta en razón,
que si es calva la ocasión
la tropiece un peluquero.
ARLEQUIN. Ocasión que ni pintada,
MINUTISA. pues por los pelos la atrapa.
DIABLO. Si empeluca lo que rapa,
lo será pintiparada.
MINUTISA. ¡No digáis tanta simpleza!
ARLEQUIN. Melusina, ¿dónde está?
MINUTISA. Seguro que no sabrá
dónde tiene la cabeza.
ARLEQUIN. ¡La cabeza! ¡Bueno fuera
que se me hubiese olvidado!
MINUTISA. ¿Pues dónde está el degollado?
ARLEQUIN. ¡Lo llevo en la sombrerera!...

(Salen los tres corriendo, cogidos de las manos y con todos sus cachivaches, por la puerta del jardín por donde se marchó MELUSINA, mientras se oye más fuerte y cercano el amenazador ruido de fuera, viéndose las llamas y el humo que empiezan a cercar el Palacio, y cae el)

TELON



ACTO III

PERSONAS que figuran en este tercer acto.

MELUSINA.
MINUTISA.
LA HERMANA ASUNCION.
LA HERMANA TORNERA.
LA ABADESA.

EL DIABLO - POLICHINELA.
EL ESPEJO - ARLEQUIN.
MONJAS.
EL JARDINERO.

(Portal y jardincito o patio de un Convento de monjas. Torno y puerta que separa el patio de la clausura. Del lado de ésta, al fondo, la entrada del claustro. Al lado de la puerta, en un nicho, una imagen de la Virgen, con lamparita delante, encendida. Está atardeciendo. Se oye el rezo lejano de las monjas en coro. Tañe una campana con toque de oración. Sale, del lado del patio o jardincillo, dirigiéndose a la puerta, MELUSINA. Viste de peregrina convencional. En el jardincillo, el JARDINERO, cortando flores.)

MELUSINA.

¿Qué peregrina ilusión
me vistió de peregrina?
¿Pues me atina o desatina
esta peregrinación?
Con razón o sin razón
me había de hallar perdida:
que no se pierde la vida
cuando se pierde la suerte;
ni se juega con la muerte,
porque la muerte no olvida.
Más me espanta lo que veo
que lo que quise mirar:
porque no supe encontrar
lo que perdió mi deseo.
Cuando miro lo que creo,
por creer lo que no vi,
me voy quedando sin mí,
creyendo que nada es mío:
ni de mi sombra me fio,
aunque nunca la perdí.

(Melusina se acerca al jardinero y dice):

MELUSINA.

Jardinero, ¿tienes flores?

JARDINERO.

Tantas como tuve amores (*le da unas rosas blancas*).

MELUSINA.

(*tomando las flores*) ¡Nunca tal blancura vi!

JARDINERO.

¡Como que son para ti!

MELUSINA.

(*olviendo las rosas*) Estas flores al rocío,
como a lágrimas del viento,
dieron su consentimiento
con aparente desvío:
sí a su enigma me confío
advierde mi sinsabor
que también rompe el olor
como una invisible espuma
entre alborotos de pluma
su más imposible albor.

JARDINERO.

La espuma no tiene sombra
como la nube o la nieve,
aunque blancura tan breve
al que la mira le asombra:
cuando el silencio la nombra,
rompiendo la voz del mar,
sin sombra puede asombrar,

como el agua evaporada
que es nube y nieve, asombrada,
y asombrosa de mirar.

MELUSINA.

Lo mismo que rompe, pura,
toda la mar una ola,
como si fuese ella sola
tan innumerable albura,
así esta flor me asegura
de una blancura mejor
que el espumoso fervor
siendo de la mar nacido,
como el llanto, desasido
de las sombras del dolor.

JARDINERO.

Flor y espuma, mar y viento,
expresan tu sentimiento.

MELUSINA.

Peregrinas son de amores,
nubes, espumas y flores.

JARDINERO.

Por eso yo te las di.

MELUSINA.

¡Nunca tal blancura vi!

(*Estrecha Melusina las flores contra sí, llorosa.*)

JARDINERO.

Para que el corazón no se desangre en llanto,
ni el pensamiento huya, estremecido en eco,
no dejes a la ausencia que labre con su hueco
el nicho del olvido, la fosa del espanto.

La muerte es un silencio: la vida, un entretanto;
y el arte es siempre un arte de vestir el muñeco,
que arropado de vanas apariencias, enteco,
es armazón de huesos, encanto sin encanto.

Mal puede ser que llegue quien no busca, al andar,
otra cosa que el paso fugitivo y sin huella:
porque sólo se llega a no poder llegar.

Y si sangra el ocaso con apariencia bella,
es porque toda cosa se hizo crepuscular,
pulsando su latido invisible, en la estrella.

(*Sale el jardinero, y Melusina con las flores se acerca a la imagen de la Virgen, poniéndoselas al pie.*)

MELUSINA.

¡Quiera la Virgen Santísima
amparar mi desventura!
Pues siendo una virgen pura
fué también madre amantísima.

(Llama tirando del cordel de la campanita y espera. A poco entra la hermana tornera, que es vieja y viene despacio arrastrando los pies. Cuando se acerca al torno, dice:)

TORNERA. ¡Ave María Purísima!
MELUSINA. ¡Concebida sin pecado!
TORNERA. ¿Quién a ese lado ha rezado?
MELUSINA. Una mujer.
TORNERA. ¿Qué mujer?
MELUSINA. ¡Si lo pudiera saber
ya estaría del otro lado!
TORNERA. ¿Cómo viene?
MELUSINA. De escapada.
TORNERA. Vengo huyendo del amor.
¡Por Cristo Nuestro Señor!,
¡que vendrá muy ladeada!
MELUSINA. Vengo perdida y buscada.
TORNERA. ¿Y a quién busca y pierde?
MELUSINA. A Dios.
TORNERA. ¿Pues no le encontráis en vos?
MELUSINA. ¿No os digo que vengo huída?
TORNERA. ¿De Dios venís perseguida
o del mundo?
MELUSINA. De los dos.
TORNERA. Si a Dios y al mundo juntáis
en una misma inclemencia,
¿no os dice vuestra conciencia
que al hacerlo blasfemáis?
MELUSINA. Me dice que me tentáis,
hermana, con vuestra ciencia,
tentándome la paciencia
cuando vengo por piedad
a pedir os caridad
y amparo de mi inocencia.
TORNERA. ¡Que al cielo ofendéis recelo!
MELUSINA. ¿Y qué mujer por nacer,
sólo por nacer mujer,
no nace ofendiendo al cielo?
TORNERA. ¿Venís a tomar el velo?
MELUSINA. ¡Por desvelada de amor!
TORNERA. ¡Válgame Nuestro Señor!
MELUSINA. ¡Por Él os pido que abráis!
TORNERA. A lo que os oigo, lloráis...

MELUSINA. Pues verlo os será mejor.
TORNERA. (Abre la puerta) Para una mujer que llora
nunca se cerró esta puerta.
MELUSINA. ¡Ved que lloro!
TORNERA. Ved que abierta,
tenéis la puerta, señora.
Entrad y decidme ahora
qué es lo que de mí queréis.
MELUSINA. Que me déis, si la tenéis,
alguna consolación.
TORNERA. Esperad, y la veréis.
(Sale la Tornera.)
MELUSINA. (Sola)
Ya temo encontrar asilo
donde encuentro penitencia.
¿Está la hermana Asunción?
Me tiene el alma en un hilo:
pues, sosteniéndome en vilo:
un consuelo tan sin suelo,
como no hay vuelo sin cielo,
mal podré quedarme asida
de aquella misma caída
que me precipita en vuelo.
No busca consolaciones
el que busca, en el partir,
adonde se puede asir,
partiéndose en sinrazones.
No pierde las ilusiones
el que acaba lo que empieza:
ni se queda de una pieza
quien despieza su razón:
porque pierde el corazón
y no encuentra la cabeza.
¡Ay de mí!, que, peregrina,
me hice extranjera al amor!
SOR ASUNCION. (Entrando)
¿Quién invoca aquí al Señor?
MELUSINA. Una mujer.
SOR ASUNCION. (Sorprendida)
¿Melusina?
MELUSINA. La que dijeron divina;

que humana no pudo ser.
SOR ASUNCION. ¿Y a mí me viniste a ver?
MELUSINA. ¿Pues a quién mejor, hermana?
SOR ASUNCION. Ya veo que eres humana:
al menos, al parecer.
MELUSINA. Parezco lo que no soy.
SOR ASUNCION. Porque eres lo que no eras.
Tampoco lo parecieras
si fueras la de ayer, hoy.
Congratulándome estoy
de verte tan peregrina:
pues, ya lo ves, Melusina,
queriéndote disfrazar,
te has venido a desnudar
de la voluntad divina.
MELUSINA. ¿No está el ser del parecer
como la tierra del cielo?
SOR ASUNCION. Y como el cielo del suelo;
porque a todo hay que volver.
Vuelves, porque eres mujer,
a ser la que siempre fuiste:
que la llama en que prendiste
el amor perecedero
no se consume primero
que el aire que la resiste.
MELUSINA. ¿Consume la llama viva
el aire que la alimenta?
SOR ASUNCION. Para hacerse cenicienta
de la luz que la cautiva:
pues apenas llega, esquiva,
su propia sombra a esquivar,
cuando, al lograrle escapar,
ha dejado de ser llama;
lo mismo que hace el que ama
cuando ha dejado de amar.
MELUSINA. La sombra que a mirar llevo
que se desprende de mí,
¿me pone fuera de sí,
si entre sombras anda el fuego?
Pues, de esa manera, luego
que de una sombra me guío,
tan sólo al aire confío

el suspiro de mi llanto,
porque miro, con espanto,
que ya ni mi llanto es mío.
SOR ASUNCION. De ese modo, Melusina,
entenderás lo que eres,
cuando sean tus pareceres
como la llama divina.
Pues si la llama se inclina
empujada por el viento,
¿qué no hará tu pensamiento
inclinado a la pasión
cuando pierde la razón
de su propio movimiento?
MELUSINA. La hora que da el reló,
no la toma el relojero.
Yo no sé por qué me muero,
pero por el tiempo, no.
¿Cómo sabes que sé yo
que no quiero lo que quiero?
Cuando espero y desespero
muriendo por no morir,
y teniendo que vivir
sin saber lo que prefiero.
SOR ASUNCION. Sé que la hora es ahora:
y mañana será tarde;
que por el fuego se arde
si por el fuego se llora;
que si el alma se demora,
escudada en el temor,
pronto perderá el amor
lo que le daba la vida,
cuando la apaga, escondida
en cenizas de dolor.
MELUSINA. No sé si quiero entenderte,
pero seguirte sí quiero:
porque siento que me muero
por no dejar de creerte.
No pretendo convencerte
de que es vana tu ilusión,
sintiendo mi desazón
entre sombras prisionera
como si la llama fuera
sangre de mi corazón.

(Salen Sor Asunción y Melusina dirigiéndose hacia el fondo del claustro).
(Por el lado del patio o jardínillo, entran ahora EL DIABLO, vistiendo siempre hábitos monjiles con la cornamenta saliéndole por la cabeza y ARLEQUIN de fraile como antes. Viene con ellos MINUTISA cargada de butos y paquetes, entre los cuales, la sombrerera, donde se supone que va la Cabeza de Meluso).

MINUTISA. Se nos ha adelantado Melusina. Hace rato que debí llegar. ¿Llamaremos?
DIABLO. Espérate un poco. Convendría asegurarnos de que llegó.
ARLEQUIN. Muy sencillo. Dame la sombrerera.
MINUTISA. ¿Para qué?
EL DIABLO. ¿Qué vas a hacer?
ARLEQUIN. Vais a verlo.

(Coloca la sombrerera en el torno y llama tirando del cordón de la campanita. Por el otro lado vuelve a entrar, como antes, la hermana Tornera).

EL DIABLO. No podías hacer imprudencia mayor. Vas a escandalizar a todo el convento.
ARLEQUIN. Tú siempre moralista.
MINUTISA. Es la única manera de que sepamos si está o no está dentro Melusina.
TORNERA. ¡Ave María Purísima!

(ARLEQUIN hace señas a los otros para que no contesten y se escondan y vuelve a llamar tirando del cordón de la campanita, escondiéndose luego. Entonces, la TORNERA dando vuelta al torno, recoge la caja, y con ella en las manos, se dirige al fondo hacia el claustro al mismo tiempo que entran en escena las monjas volviendo del coro, precedidas por la ABADESA).

ABADESA. ¿Quién llamaba, hermana?
TORNERA. Nadie contestó. Di la vuelta al torno y encontré esta caja.
ABADESA. ¿Qué podrá ser? ¿No trae papel ni cosa alguna que diga su procedencia?
TORNERA. (buscando sin abrirla) Yo nada veo.

(Las monjas se agrupan alrededor de la hermana Tornera con visibles muestras de curiosidad por saber lo que la caja contenga).

ABADESA. Pues habrá que abrirla con cuidado, no vaya a tener dentro alguna cosa mala...

(Las monjas se apartan santiguándose.)

TORNERA. No sea un animalito...
ABADESA. O una criatura.
UNA MONJA. Eso no pasa más que en las comedias...
ABADESA. (con gravedad) Calle, hermana Asunción, que, como se suele decir, es el Diablo el que carga las escopetas...

(Vuelven las monjas a santiguarse.)

UNA MONJA. No fué la hermana Asunción sino yo quien dejé escapar esa simpleza. Perdóneme su reverencia.
ABADESA. ¿Pues no está la hermana Asunción?
TORNERA. Está ocupada con una visita. La solicitó una penitente.
ABADESA. ¿Y desde cuándo?
TORNERA. Apenas hace un rato: no tuve tiempo de advertírselo a la madre, porque estaba en el coro.
ABADESA. ¿No dijo quién era la penitente?
TORNERA. Yo oí a la hermana Asunción llamarle Melusina.
ABADESA. ¿Y es ése nombre de mujer?
OTRA MONJA. Si me permite madre, yo diría...
ABADESA. Pues diga hermana.
LA MONJA. Lo que oí decir...
ABADESA. Diga lo que oyó, hermana.
LA MONJA. Que toda mujer es Melusina y Melusina no es ninguna mujer...

(Las demás monjas contienen la risa disimulando.)

ABADESA. No diga simplezas, hermana, ésos son cuentos y embustes que todas oímos de chiquitas, cuando nos querían asustar con un nombre así, o parecido, del hada Melusina...
LAS MONJAS. (Arremolinándose con curiosidad) ¡Cuéntelo, cuéntelo, madre abadesa!...
ABADESA. (medio seria) ¡Chitón! No sean chiquillas. Vamos a averiguar primero qué regalo del hada Melusina nos trae esta cajita...
TORNERA. Si la madre lo cree prudente, yo preferiría decir primero alguna oración, para que se fueran los malos espíritus, no vaya a contener algún maleficio.
ABADESA. Dígala, hermana.

(La tornera pone en el suelo la sombrerera y se arrodilla, haciendo lo mismo todas las demás monjas a su alrededor menos la abadesa que se queda de pie.)

TORNERA. (Santiguándose y todas las monjas con ella)

Innato San Espedito
— que en el cielo estáis escrito.
(*Repiten las monjas a coro.*)

Y nonnato San Ramón...
(*Mismo juego.*)

Cochino de San Antón
y San Antonio bendito
con su niño chiquitito...

(*Mismo juego.*)

San Roque, con su perrito,
que es un perrito rabón...

(*Mismo juego.*)

¡Libradnos de la ocasión
y tentación del Maldito:
el grandísimo Cabrón!

(*Mismo juego.*)

O cualquiera de su grey...

(*Mismo juego.*)

Por la mula (*hace la cruz*) Por el buey (*igual*)
del establo de Belén...

Amén
Amén.

LAS MONJAS.

(*Abre la caja la tornera, retirándose sorprendida y haciéndose cruces.*)

TORNERA. ¡Jesús, María y José!

(*Las monjas también se levantan y echan atrás todas santiguándose.*)

ABADESA. ¿Qué es ello, hermanas?

(*La Abadesa se acerca a la caja, sacando de ella una calavera que toma en sus manos.*)

¿Este recuerdo les sorprende? Es el mejor mensaje que
podía venirnos del mundo en este día...

(*Entran en escena en este instante, MELUSINA y SOR ASUNCION*)

Vengan, hermana y compañía, a ver el amigo que nos
ha llegado a visitar como mensajero divino...

(*Se adelantan la hermana ASUNCION y MELUSINA, quien al darse
cuenta de que la calavera salió de la caja que hay en el suelo, se queda in-
móvil como estatua, desplomándose luego desmayada. Todas las monjas acu-
den a socorrerla.*)

ABADESA. ¿Qué sucedió? ¿Se ha desmayado? ¿Quién es esta pe-
nitente, hermana?

SOR ASUNCION. ¡Ya le explicaré, madre Abadesa. Ahora la llevaremos
a cualquier celda para que vuelva en sí...

(*MINUTISA que, con sus acompañantes, estuvo escuchando del otro lado
del torno, se precipita hacia el cordón y campanillea con violencia, sin que
el DIABLO ni ARLEQUIN puedan impedirselo. Sorpresa general. La A-
badesa impone silencio con el dedo en los labios y dice con alta y gangosa voz:*)

ABADESA. ¡Ave María Purísima!

(*Sigue MINUTISA sin responder tirando alocadamente de la campa-
nilla.*)

¡Ave María Purísima!

(*Las monjas vuelven a santiguarse con miedo susurrando entre ellas.*)

¡Ave María Purísima!

(*Mismo juego.*)

ABADESA. Vaya hermana tornera a averiguar qué cosa sea, mien-
tras nosotras atendemos a la desmayada, llevándola a la
celda de la hermana Asunción. Vamos.

(*Entre varias hermanas se llevan el cuerpo desmayado de MELUSINA,
sabiendo todas las demás y la Abadesa, con la calavera en las manos. La
tornera, santiguándose, se dirige al torno, escuchando, y como sigue el cam-
panilleo, sin respuesta del otro lado, volviendo a santiguarse abre una ren-
dija de la puerta, para mirar, entrando entonces MINUTISA de un empellón,
y tras ella, ARLEQUIN y EL DIABLO.*)

TORNERA. ¡Jesús!

MINUTISA. Salud, hermana. Pronto, dígame dónde está mi señora
Melusina...

TORNERA. ¡Bendito sea Dios! ¡Qué buena gente por acá! Pero
digan sus reverencias, ¿quién es esta jovencita tan alo-
cada?...

(*Besa la tornera la mano de ARLEQUIN, mirando al DIABLO de reojo.*)

DIABLO. Todo se lo diremos, hermana; venimos en busca de Me-
lusina, que se refugió en este Convento, huyendo de los
que la perseguían para matarla. Creemos que ha venido
a esconderse aquí. Díganos, si vino, dónde está.

TORNERA. Ahora mismo se la llevaron desmayada. Síganme y la
verán... ¿Es esta jovencita de su familia?

MINUTISA. Soy su servidora.

TORNERA. Pues sígame. *(Viendo que los otros vacilan.)*

DIABLO. ¿Ustedes esperan?
Preferimos esperar aquí.

(Salen la TORNERA y MINUTISA.)

ARLEQUIN. Siento que me ahogo aquí dentro. Siento que me falta la luz y el aire.

(Se quita el hábito y lo tira a la entrada del claustro.)

DIABLO. No sé si hemos perdido la partida. Esperemos.

ARLEQUIN. Yo me voy, Quédate tú si quieres.

DIABLO. Pero, ¿y la cabeza de Meluso?

ARLEQUIN. Han debido guardarla las monjas como una reliquia.

(ARLEQUIN se dirige a la puerta para marcharse.)

DIABLO. *(Con las manos en la cabeza)* ¡Ay, ay, ay, ay...!

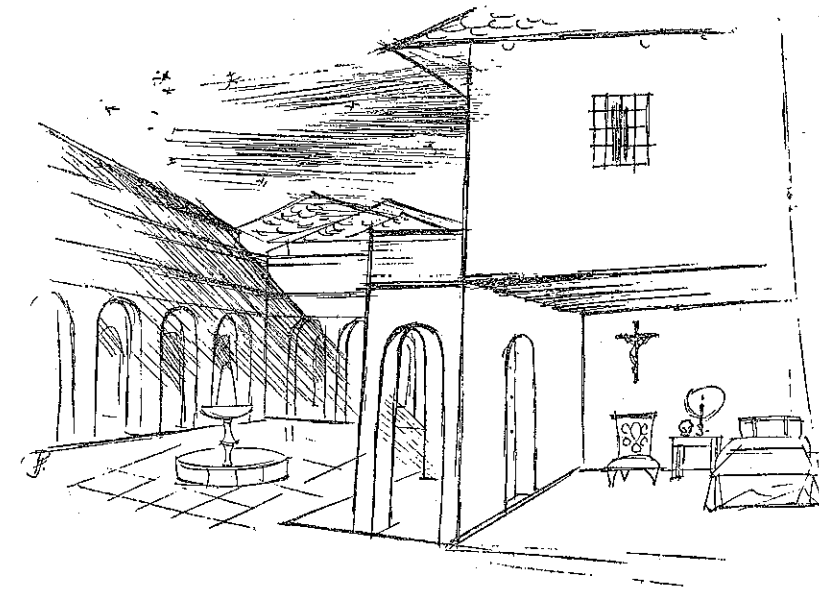
ARLEQUIN. ¿Qué te pasa? No grites de ese modo. Vas a alarmar a todo el mundo...

DIABLO. *(lo mismo)* ¡Ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay...! ¡Que se me han pegado los cuernos a la cabeza y no puedo quitármelos ahora!...

ARLEQUIN. ¡Ya te los quitarás en el Infierno! Vamos.

(Salen los dos. Sigue oyéndose la campana lenta.)

MUTACION



ESCENA II

(El claustro y una celda del mismo convento; en la celda un catrecillo y una mesita donde arde un cirio, única luz que ilumina la escena, ante un crucifijo, delante del cual, una calavera. MELUSINA, vestida con hábito de novicia, ayuda a MINUTISA a guardar sus trajes, zapatos, ropas y joyas en un cofre. Es media noche. Se oye dar las doce campanadas y el rezo de las voces gangosas de las monjas en coro. Luego, música de órgano. La puerta de la celda está abierta al claustro por entre cuyos arcos se mira la noche estrellada.)

MELUSINA. *(Mientras da a MINUTISA joyas y ropa que guardar)*

Soñando que soñaba que yo era
la misma que mi amor había soñado,
soñé que no pasara lo pasado
ni en memoria de vida pasajera:
como si todo lo que fué, no fuera
más que un lejano ser, nunca acabado,
que no pasó, que pudo haber quedado
prendido a su esperanza venidera.

MINUTISA.

¡No fué, no es, no puede ser mentira
la imagen del amor en mi deseo,
cuando en todo la siento que me mira
y yo la miro en todo lo que veo!

¡Si hasta creo sentirla que respira!
¡Quiero creerlo! ¡Quiero! Y no lo creo.

Quieres creer, amando, que tu vida
perece, como larva misteriosa,
y no ves que se torna mariposa
con la noche de estrellas encendida.

Creyendo que adelantas la partida
ganándole a la muerte cautelosa,
no miras que le ofreces, engañosa,
desvanecerte por envanecida.

¿No sientes que el dolor te vuelve oscura,
como el viento, escondido en la arboleda,
volviendo temerosa la espesura?

Huyes de la fortuna porque rueda,
sin pensar que te cumple su ventura
cuando te deja lo que no te queda.

Si miras un jardín abandonado,
buscando tu recuerdo en sus despojos,
sientes que se adelantan a tus ojos
las imágenes muertas del pasado.

Todo lo que tu vida ha deseado,
lo vas pisando ahora en sus abrojos;
te cubren, enredados, los rastrojos
de un fuego ya en cenizas aventado.

No das un paso que no encuentre un eco:
en ese bosquecillo, aquella fuente
que pudo ser la voz de tu ternura
ha enmudecido; como el árbol seco

que te salta a los ojos de repente,
siendo la sola imagen que perdura.

(Termina de ayudar a MINUTISA, y acercándose a la mesita, toma en sus manos la calavera, acariciándola con ternura y cierta sensualidad como si acariciase a un gato; volviéndose luego, siempre con la calavera en las manos, para decirle a MINUTISA:)

MELUSINA.

(A Minutisa) Mis trajes y mis joyas son para ti. Y lo que aún encuentres entre las cenizas de mi casa.

MINUTISA.

(Llorando) Yo te lo guardaré todo, señora, para cuando vuelvas...

MELUSINA.

No volveré.

MINUTISA.

No digas eso, Melusina, ¿vas a renunciar a tu venganza?

MELUSINA.

Ya estoy vengada.

MINUTISA.

¿Cómo?

MELUSINA.

Con que no me vean.

MINUTISA.

Te buscarán.

MELUSINA.

¿Por qué?

MINUTISA.

Porque no podrán vivir sin verte.

MELUSINA.

No me pueden ver, aunque quieran.

¿No querían quitarme la vida?

Porque te aman.

O porque me odian.

¿Y se odia lo que no se ama?

Cuando se teme. ¡Yo no saldré de aquí!

¿Pero crees en Dios, Melusina?

Creo que Dios cree en mí.

¿No es eso orgullo?

No, sino humildad.

¿Pues, cómo?

Porque es amor y confianza.

¿Sólo eso?

(Acariciando la calavera) Y miedo de la muerte.

¿Por qué la acaricias?

Porque la temo.

¿Con eso la huyes?

Trato de engañarla.

¿No te engañarás a ti misma?

¿No soy mujer?

Y por serlo, ¿qué puedes contra la muerte?

Todo.

¿Por odio de ti misma?

De la que fuí, no de la que soy.

¿Qué fuiste, Melusina?

Un espejismo: un bello reflejo del amor.

¿Imagen y semejanza divina?

Hasta que Dios quiso.

¿No lo quisiste tú?

Para amar sólo lo que no debe amarse.

¿El qué? ¿No hay que amarlo todo?

Todo, menos nuestro propio amor.

¿Por qué?

Porque deja de serlo.

¿Nuestro?

MELUSINA.
MINUTISA.
MELUSINA.

Al contrario: amor.
¿Tú mataste al tuyo?
Sin querer.

(Vuelve a acariciar con cariño la calavera)

MINUTISA.
MELUSINA.

¿Y no querías resucitarlo?
(Deja la calavera, con mimo, como si fuese a un niño en la cuna, al pie del Crucifijo, en la mesa, donde estaba, y se queda mirando las dos cosas largamente; luego dice con energía:)
No.

(Pausa.)

MINUTISA.
MELUSINA.
MINUTISA.
MELUSINA.

Dios no te dió hijos.
Y el Diablo me dió una calavera.
¿No es el hijo de tu amor muerto?
(Queda pensativa un momento, y luego dice como si despertarse de un sueño:)

¡Eso, Minutisa, tú lo dijiste!

Siempre es hijo del amor la muerte. El hijo de mi amor: una calavera. La muerte es lo que mi corazón ha engendrado.

MINUTISA.

La muerte, Melusina, ¿no se engendra por nuestra sangre en hijos vivos?

MELUSINA.

Cuando el amor no nos engaña con su vida.

MINUTISA.

¿Cómo?

MELUSINA.

Haciéndonos creer que es nuestra.

MINUTISA.

¿Cómo puedes creer que es tuyo lo que no tienes?

MELUSINA.

No queriendo tenerlo.

MINUTISA.

¿Tú no quisiste eso?

MELUSINA.

Queriendo otra cosa.

MINUTISA.

¿Pues qué querías?

MELUSINA.

Vivir de amor.

MINUTISA.

¿Tú sola?

MELUSINA.

Solamente.

MINUTISA.

Pues, ¿no se vive de amor solamente?

MELUSINA.

Cuando solamente se muere.

MINUTISA.

Y cuando se muere, de ese modo, por amor sólo, ¿es cuando se empieza a vivir de veras?

MELUSINA.

O a creer que se vive. Eso empiezo a querer creer.

MINUTISA.

¿Luego, quieres creer en Dios, Melusina, creyendo que Él cree en ti? ¿Quieres creer que es su amor el que nos da la vida?

MELUSINA.

Quiero creerlo, Minutisa, para no volver a creer más en lo que quise; en lo que más quería, que es en lo que no quería creer. Porque lo que más quise no era amor.

MINUTISA.

¿Pues qué era?

MELUSINA.

(señalándole la calavera). Míralo. Tú lo estás viendo como yo: muerte.

MINUTISA.

¿Y lo quieres todavía?

MELUSINA.

(Queda un instante pensativa y luego dice, conteniendo el llanto:)

¿Ves que no pude vengarme del mundo y ahora quieres que me vengue de Dios?

(Pausa. Llega más fuerte y clara la música del órgano, precipitando en su catarata de sonidos las voces monjiles, que casi ahoga.)

MINUTISA.

(Terminando de arreglar las cosas en el cofre) Ya están todos tus trajes guardados; como tu venganza, Melusina. ¿Renuncias de este modo al mundo o al amor?

MELUSINA.

Al mundo.

MINUTISA.

Separando tu amor de tu venganza, ¿no te traicionas a ti misma?

MELUSINA.

Tal vez me traiciono a mí misma para no traicionar mi amor.

MINUTISA.

¿Un amor que no es tuyo?

MELUSINA.

Que es más que mío. No traiciono mi cuerpo vistiendo este sayal: lo enmascaro.

MINUTISA.

De muerte.

MELUSINA.

De alma.

MINUTISA.

Tampoco lo traicionabas antes con tus otros vestidos, con tus otras almas, enmascarándote de vida. Máscara por máscara, ¿por qué cambias la de la vida por la de la muerte?

MELUSINA.

Porque no es la vida ni la muerte lo que más quiero.

MINUTISA.

¿Pues qué quieres más?

MELUSINA.

No lo sé todavía. Quiero querer, pero sin saber, sin poder saber lo que quiero.

Véte, Minutisa. Es muy tarde. Mañana mandarás por todo. No vuelvas tú. Ahora nos despedimos.

(MINUTISA, llorando, besa las manos de MELUSINA y sale. Al cruzar el pasillo del claustro para salir, tropieza con el hábito que tiró ARLEQUIN, se estremece como de frío, y luego lo mira y lo palpa, como si quisiera cerciorarse de que está hueco, acabando por ponérselo, como si se abrigase en él, y marchándose lentamente. Durante esta escena muda de MINUTISA,

fuera, MELUSINA ha ido a arrodillarse ante el Crucifijo y la calavera, diciendo, al fin, como si rezara una oración:)

MELUSINA.

Amor, aunque te escondas, si me hieres
con la muerte que quiso enmascararte,
quiero poner mi vida de tu parte:
¡házme querer por ti lo que tú quieres!
¿Cómo encontrarte en mí, pues que prefieres
encontrarme perdida por buscarte?
¡Enséñame a perderme y a encontrarte
perdido por tus propios pareceres!
No sé si quieres tú, ni si yo quiero
otra cosa que ser la que no he sido,
para dejar de ser la que no soy.
¡Si me hieres de amor, de amor te hiero!
¡Si te pido por mí, por ti te pido!
¡No me busques en mí si en ti no estoy!

(Ha ido haciéndose más fuerte y cercana la música del órgano, al mismo tiempo que cambia el ruidoso gangoso del rezo monil por voces claras infantiles que dicen lo que sigue; mientras MELUSINA, después de decir el soneto, y al oír el canto fuera, ha vuelto a levantarse, saliendo al claustro, y asomándose a la noche estrellada.)

LAS VOCES y MUSICA. (dentro.)

Melusina enamorada,
más amorosa que amante,
celosa, porque constante,
si de amor desengañada;
no pudiste, deseada,
escaparte del dolor;
y ahora lo puedes mejor
de tus ecos fugitiva.
¡Viva, Melusina, viva,
porque ha vencido al amor!
El amor que te arrebató
hurtándote a la venganza,
te devuelve a su mudanza
cuando a la vida te ata;
por querer lo que te mata,
queriéndolo sin temor,
lo estás queriendo mejor
que de tu querer cautiva.

¡Viva, Melusina, viva,
porque ha matado su amor!

MELUSINA.

(desde el claustro, asomada a la estrellada nocturna.)

¡Sí, viva: como el lucero
que, de ilusión palpitante,
es un corazón distante
que quiere lo que yo quiero:
como la flor, que prefiero
si se enciende de rubor
al prenderse en un temblor
como hace la llama altiva.

VOCES y MUSICA. (dentro.)

¡Viva, Melusina, viva,
porque ha nacido al amor!

(Sigue escuchándose la música, quedando MELUSINA en pie, asomada a la noche, mientras se hace la:)

MUTACION



ESCENA III

(Un bosque. Es de noche. La espesura y oscuridad del suelo contrasta con la transparente claridad del cielo estrellado. Una suave música distante. Entran el DIABLO-POLICHINELA y EL ESPEJO-ARLEQUIN. EL DIABLO viene todo mojado, tiritando y sacudiéndose como un perro, y estrujando como una esponja el hábito de religiosa, que cuelga de un árbol para que se seque, mientras se hace el diálogo.)

ARLEQUIN. ¿Caíste al río?
 DIABLO. Lo pasé
 nadando como podía.
 ARLEQUIN. ¿Y estaba el agua muy fría?
 DIABLO. Hirviendo cuando yo entré:
 ¡y eso que no me quedé!
 ARLEQUIN. ¡Pues tú la harías hervir!
 DIABLO. Y al hervir fuera el reír
 que me he puesto hecho una sopa.
 (Cuelga el hábito de una rama.)

ARLEQUIN. Nadas y guardas la ropa,
 como se suele decir.
 DIABLO. ¡Por vida de los Infiernos,
 que no ardiera como estopa!
 ARLEQUIN. Cada cual con lo que topa:
 siempre que tope con cuernos.
 DIABLO. Estos se me hacen eternos,
 pues no los puedo arrancar.
 ARLEQUIN. Ni te los quieras quitar,
 porque a fuerza de tirones
 tanto crecen los bribones
 que te van a cornear.
 DIABLO. De este bosque complaciente
 me duele ya la cabeza.
 ARLEQUIN. ¿De qué bosque?
 DIABLO. Del que empieza
 al extremo de mi frente.
 ARLEQUIN. ¿En sus crestas no se siente
 primaveral florecer?
 DIABLO. A mí me parece ver
 que tanto te va creciendo
 que ya te estás bosqueciendo.
 ARLEQUIN. ¿Pandemonium voy a ser?
 DIABLO. Pues te emboscas de ese modo
 serás, más bien, emboscado,
 y el bosque el endemoniado
 con tu nombre por apodo.
 ARLEQUIN. Pareces cuernalotodo
 con tus astas de venado,
 que por cuernos bosquejado,
 corneas el bosque todo.

(Mientras esto dice ARLEQUIN, el DIABLO que se ha echado al suelo, se va, poco a poco, convirtiendo en arbusto, hasta fundirse y confundirse con las espesas ramas que le rodean. Entra en escena MINUTISA, enfundada en su hábito de religioso franciscano. ARLEQUIN se esconde detrás de la espesura que ha formado de ramas el DIABLO, para no ser visto.)

MINUTISA. Montes, prados, bosques, ríos,
 que nuestros pasos calláis,
 decidme: ¿dónde ocultáis
 los humanos desvaríos?
 ¿Cómo empiezan mis desvíos

VOCES.

donde acaban mis pisadas?
¿Este paraje es de hadas
que con mágico poder
ilusionan nuestro ser
con sus sombras encantadas?
(Dentro. Cantando.)

Si no puede contemplar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar.

MINUTISA.

¿Qué dice en el bosque umbroso
el silencio que me espanta?

ARLEQUIN.
MINUTISA.

(haciendo de eco, oculto) Canta.
¿Y el murmullo presuroso
del arroyo fugitivo?

ARLEQUIN.
MINUTISA.

(lo mismo) ¡Vivo!
¿Las altísimas estrellas
qué dicen con su mirar?

ARLEQUIN.
MINUTISA.

(lo mismo) ¡Amar!
¿Pues las misteriosas huellas
que se esconden a mi paso?

ARLEQUIN.
MINUTISA.

(lo mismo) Acaso.
¿Y la semilla esparcida
de la flor que se secó?

ARLEQUIN.
MINUTISA.

(lo mismo) Sí o no.
¿Y el anhelo de la vida
que en silencio se convierte?

ARLEQUIN.
MINUTISA.

(lo mismo) Muerte.
¡Ay de mí! ¡Qué mala suerte!
¡Haber venido a parar
en cantar para espantar
el silencio de la muerte!

(Se quita la capucha y canta.)

Los ojos de Melusina
no son de ningún color,
porque en ellos el amor
sus deseos ilumina.
¡Ay de aquél que lo adivina
y no los puede mirar!
Porque no podrá olvidar
el color de su ventura,

si recuerda la dulzura
de haberlos visto llorar.
Bosque, estrella, arroyo, flor,
decidme de qué color
es el aire que respiro;
de qué música, el suspiro;
de qué sabor, el amor.

VOCES.

(Dentro, cantando.)

Si no pudiera alcanzar
amor de tan alto vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar.

MINUTISA.
ARLEQUIN.

¿Qué hay detrás del bosque?
(como antes) El mar.

MINUTISA.
ARLEQUIN.

¿Y detrás del mar? El cielo.

MINUTISA.
ARLEQUIN.

(lo mismo) El vuelo

MINUTISA.

que no se puede alcanzar.
Pues si no puede esperar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo,
sin cielo, bosque, ni mar,
ni más consuelo que amar
el mar, la tierra y el cielo.

VOCES.

(Dentro, cantando.)

Si no puede contemplar
lo que no alcanza su vuelo,
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar.

MINUTISA.

Bosque, estrella, arroyo, flor,
decidme si lo que miro
es el aire de un suspiro,
o el perfume o el color;
si es canto el del ruiseñor
que en lágrimas se convierte:
pues ha querido mi suerte
que haya venido a parar
en cantar para espantar
el silencio de la muerte.

(Se sale ARLEQUIN de donde estaba oculto, adelantándose hasta MINUTISA.)

ARLEQUIN.

No te tengo que decir,
porque tu razón lo advierte,
que lo que quiere la muerte
es no dejarte vivir;
dejándote consumir,
si te desvive por fuera,
hace lo que el viento hiciera
con tu disfraz ceniciento,
apagando con su aliento
el rescoldo de la hoguera.

MINUTISA.

Si el viento de la pasión
me enmascara cenicienta,
no apaga, como aparenta,
el fuego en mi corazón:
que este sayal de ilusión
con que al parecer me apresa,
me aprisiona porque expresa
la llama dentro prendida,
pareciendo desvivida
para más viva sorpresa.

ARLEQUIN.

¿Prendiéndote en llamarada
te escondes en la ceniza?
Pues hazte la perdidiza
para poder ser hallada:
como hace la enamorada
en el divino *Cantar*,
para poderse encontrar
en la llama del que ama.
¡Deja de llamarte llama
o déjate llamear!
Minutisa, tú eres flor
que nace de la ceniza,
salamandra escurridiza
de la hoguera del amor:
fénix, dijera mejor,
que para volar al cielo,
quema primero en el suelo
la vida que la desmiente,
y apenas la pierde, siente,
que se levanta en un vuelo.

Estás, porque eres mujer,
entre el Diablo y un espejo:
si no fueras un reflejo,
¿qué menos podrías ser?
Porque, al sólo parecer
con que te ofreces mentida,
estás dándonos la vida
y quitándonos la muerte
como si hicieras, de suerte,
que te dieras por perdida.
No hago otra cosa que hacer
lo que todo lo que vive,
cuando alienta y se desvive
para hacer su parecer.

MINUTISA.

¿No ha empezado la mujer
por parecer ella sola?
La sirena, que en la ola
quiere ser naturaleza,
acaba por donde empieza,
que es por morderse la cola.
Si la mujer es quimera
con su cola de pescado,
¿no lo sabe, enamorado,
quién más pescarla quisiera?
Tropezando en lo de afuera
con lo de adentro se espina.
Que para ser femenina
tiene siempre la mujer,
al menos al parecer,
que parecer que es divina.
¿Qué sería de Melusina
palpitando en un lucero
si no se hubiese primero
enconado en una espina?
Ahora, cuando adivina
su corazón sideral,
arde como en un fanal
la llama que ardía fuera,
mirando en la calavera
su única imagen real.
¿Por qué la apariencia bella
ha de parecer que miente
cuando la vida se siente

ARLEQUIN.

sólo espejada por ella?
 ¿Miente por lucir la estrella?
 ¿Por dar su aroma la flor?
 ¿Por cantar el ruiseñor,
 y por murmurar el río?
 ¡Cuando no es tuyo ni mío
 nunca nos miente el amor!
 Mentira el amor se hace
 al querérselo apropiarse;
 pues dejándole pasar
 la mentira se deshace.
 Si la vida se complace
 en el cristal de una fuente,
 haciéndose transparente
 al deshacerse en huída,
 ¿por qué quieres que tu vida
 no haga como la corriente?
 No te engañas por amar
 si no dicen tus engaños:
 "por mí no pasan los años":
 ¿pues por qué no han de pasar?
 ¿Por qué te quieres quedar
 cuando te quedas sin nada?
 ¿No se queda eternizada
 en un olor y un color
 al encenderse una flor
 por cada estrella apagada?
 Si una noche las estrellas
 son eternidad de amores,
 y en un día son las flores
 tan eternas como ellas;
 si tanto duran centellas
 de luz, olor y color,
 eternizando el amor
 breve tiempo pasajero,
 ¿no huye lo perecedero
 para quedarse mejor?
 Aunque inmóvil te reflejas
 en el agua transparente,
 quedándose en la corriente
 la imagen en que te espejas,
 no es esa sombra, que dejas
 de tí misma desvivida,

ninguna ilusión perdida
 sino la misma razón
 de que sea una ilusión
 el apropiarte la vida.
 Deja que vida y amor
 pasen por tí, como pasa
 la luz por la leve gasa,
 por la música el temblor,
 y la palabra mejor
 por el silencio evadida:
 que ni el amor ni la vida
 te los puedes apropiarse
 sin tenerlos que matar
 para detener su huída.

VOCES.

(Dentro, cantan.)

Si no puede contemplar
 lo que no alcanza su vuelo,
 quédese el alma en el suelo
 sin más anhelo que amar.

(Empieza a clarear débilmente el día, aclarándose muy poco a poco la escena. MINUTISA se quita el hábito que deja caer al suelo, y echándose ella misma después, desaparece, apareciendo en su lugar una gigantesca MINUTISA encarnada. Entonces ARLEQUIN se adelanta al proscenio para decir:)

ARLEQUIN.

(Al público)

Público: con tu favor,
 Melusina está en su estrella;
 bosque enredado por ella
 se hizo el Diablo enredador;
 Minutisa es una flor
 al primer albor nacida:
 y yo, espejo de la vida,
 para hacerme tu conciencia,
 voy a tomar la apariencia
 de un arroyo en clara huída.

(Hace una graciosa pirueta y sale corriendo.)

VOCES.

(Dentro, cantan)

Bosque, arroyo, estrella y flor,
 si los llamas serán llamas,
 como todo lo que amas,
 de un solo fuego de amor.

Pues si no puede lograr
lo que no alcanza su vuelo
quédese el alma en el suelo
sin más consuelo que amar
el mar, la tierra y el cielo.

(Va cayendo con mucha lentitud el)

TELON

I N D I C E

	Pág.
ACTO I	7
ACTO II	35
ACTO III	63

Esta primera edición de MELUSINA Y EL ESPEJO, o Una mujer con tres almas y Porqué tiene cuernos el Diablo, de José Bergamín, publicada por ESCRITURA, con ilustraciones de Adolfo Pastor, se terminó de imprimir en los talleres gráficos GACETA COMERCIAL, Plaza Independencia 717, Montevideo, el día 6 de octubre de 1952. Los actos primero y segundo habían sido anticipados en los Nos. 8 y 9 de ESCRITURA.